Cancroregina

Tommaso Landolfi

LANDOLFI

Traducción de
Flavia Costa y
Rodrigo Molina-Zavalía

TOMMASO LANDOLFI

Tommaso Landolfi es uno de los más destacados escritores italianos del siglo pasado (años atrás, Harold Bloom declaró estar "literalmente enamorado" de su obra). Nacido en una familia de la nobleza meridional, se graduó en la Universidad de Florencia con una tesis sobre Anna Ajmátova y fue un importante traductor, en particular de autores rusos. Inédita hasta ahora en castellano, *Cancroregina* es el nombre de una máquina asombrosa, improbable y tentacular, una nave espacial de "mil ojos" y "humor extraño", inventada para viajar a la Luna y "mostrar a todos los hombres de buena voluntad nuevos caminos, para los cuerpos y para los espíritus". La *nouvelle* es, de hecho, un inquietante diario de a bordo que el protagonista escribe durante lo que debía ser un viaje más allá de los confines de la Tierra, pero que después de algunas peripecias, comienza a ser un giro sin fin alrededor del planeta, una travesía sin meta y sin destino. Náufrago, desconectado del mundo, suspendido en una especie de limbo fuera del tiempo y del espacio humanos, el astronauta se hunde, con la acostumbrada ironía landolfiana –ese tono de falsa inocencia que contrasta con observaciones desesperadas y geniales–, más y más entre la reflexión y el delirio.

(continúa en la solapa)

Tommaso Landolfi nació en Pico, Frosinone, en 1908 y murió en Roma en 1979. Estudió letras en Roma y luego en Florencia, donde se graduó en 1932 en lengua y literatura rusas con una tesis sobre la poesía de Anna Ajmátova. Pronto comenzó a colaborar en revistas y periódicos. Se dedicó durante su vida casi exclusivamente a la escritura y a la traducción.

Se lo suele considerar un representante del género fantástico cuya literatura es, como escribió Italo Calvino, una maquinaria narrativa precisa y de calculada estrategia.

Desde un punto de vista más estrictamente biográfico, Landolfi fue una figura un poco anómala en el panorama de la literatura italiana del siglo XX, que creó a su alrededor una atmósfera de misterio y un halo de poeta maldito. Se negó sistemáticamente a dar entrevistas e impedía que sus libros aparecieran acompañados de cualquier juicio crítico.

Su primer volumen de relatos se tituló *Diálogo de los máximos sistemas* (1937), al que le siguieron en 1939 *Il mar delle blatte e altre storie* y *La pietra lunare*. Desde entonces, y hasta poco antes de su muerte, publicó más de treinta libros, entre los que se destacan *La bière du pêcheur* (1953), *Ombre* (1954), *Se non la realtà* (1960), *In società* (1962), *Rien va* (1963), *Des mois* (1967), *Gogol' a Roma* (1970), *Le labrene* (1974), *A caso* (1975), *Del meno* (1978) y el volumen de poesías *Il tradimento* (1977).

Se ha insistido en que *Cancroregina* no es un libro de ciencia ficción; que el género es sólo un pretexto de Landolfi para ahondar en el vacío, la ausencia de sentido, las preguntas sin respuesta. Es probable, sin embargo, que aquí la excusa sea central. Que, como bien entendió la corriente *new wave* en la ciencia ficción, *Cancroregina* represente el *locus* donde ocurre la gran metamorfosis social y antropológica de la segunda mitad del siglo XX: el movimiento de vaivén de la imaginación desde el asombro práctico por el espacio exterior y el futuro lejano hacia el misterio metafísico y político del futuro inmediato y el espacio interior. Precisamente para hablar de esto, el género resulta una nave perfecta.

La atmósfera en la astronave es alucinatoria y espesa; su protagonista habita en una zona de sí tan desamparada que difícilmente el lector pueda desembarazarse de lo que eso provoca en su propio ánimo. Pero ¿a qué es fiel un lector? Uno se aventura incluso al viaje literario de la locura y la muerte si la nave que lo lleva está cargada de un sentido sutil de la felicidad, de una secreta euforia, como sucede en *Cancroregina*.

Flavia Costa

narrativas

Rudy Kousbroek
El secreto del pasado

Sibylle Lewitscharoff
Blumenberg

Antoine Volodine
Solo de viola

Tommaso Landolfi

Cancroregina

Traducción de Flavia Costa y Rodrigo Molina-Zavalía

Adriana Hidalgo editora

Landolfi, Tommaso
Cancroregina - 1ª ed.
Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013
94 p.; 19x13 cm (narrativas)
Traducido por: Flavia Costa y Rodrigo Molina-Zavalía
ISBN 978-987-1923-18-2
1. Narrativa italiana I. Costa, Flavia, trad. II. Molina-Zavalía, Rodrigo, trad. III. Título
CDD 853

narrativas

Título original: *Cancroregina*
Traducción: Flavia Gosta y Rodrigo Molina-Zavalía

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta original: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© 1993 Adelphi Edizioni by ADELPHI EDIZIONI S.p.A., Milano
www.adelphi.it
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2013
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-18-2
ISBN España: 978-84-15851-02-8

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir en Altuna Impresores S.R.L.,
Doblas 1968, Ciudad de Buenos Aires,
en el mes de junio de 2013.

I

...23 de marzo de 19...

Estos aparejos retorcidos o lustrosos, estos botones, estas llaves, estas palancas, estos complicados sistemas, racimos, haces, marañas de elementos de acero, de vidrio y vaya uno a saber de qué otra cosa; estos cuadros estas transmisiones estas distribuciones estas señales luminosas estos indicadores estos cuadrantes; estas articulaciones, estos ensambles y junturas; en una palabra, toda esta maquinaria infernal brilla cruel frente a mí, reconocible en sus más diminutas piezas por la luz blanca, espectral, que aún despierta pequeñas y vagas sombras azulinas, parecidas a las breves sombras de mediodía estival que, con un engaño similar, hablan de reposo, de esperanza, en aquel otro mundo tanto más vasto e igualmente estrecho... Oigo el habitual, ininterrumpido zumbido agudo, sibilante, que sólo por momentos sale del tono fino para superar el poder de percepción de mi oído y para perderse en una inaprensible, muda vibración sonora.

La Tierra está debajo de mí siempre más o menos en la misma actitud, con la misma mueca quiero decir,

delineada en su rostro por el continente en el que nací, Europa; mueca del paso de las nubes, incesantemente velada y develada, en ocasiones alterada, contraída, pero en sustancia la misma, así como es constante la expresión general de un rostro humano presa de sus emociones. ¡Oh!, ¿no podría al menos estar condenado a contemplar una parte de esa Tierra que fuera desconocida para mí, y menos odiada?

Sobre mí, la Luna, la romántica Luna... que nunca inspiró tanto horror con su cara absorbente, hipnótica, blanca y negra, con sus desaforados remolinos de piedra calcinada.

El cadáver del muerto me persigue implacable.

Y bien, ahora que todo aquello que podía suceder ha sucedido de golpe, siento la necesidad de contar esta historia, de contarla desde el principio. ¿A quién, y por qué? ¿Para justificarme quizás? ¿Y de qué? ¿A quién, digo, debería enviar este mensaje? E incluso en el supuesto caso de que llegara a los hombres, ¿qué utilidad podrían obtener de él?

No lo sé, no me importa saberlo. Tal vez porque deberé fingir que tengo un lector estaré menos solo, y con eso basta. Tal vez estaré más solo, y será mejor aún: eso acelerará el inevitable fin, esto me dará el coraje de...

*

Estaba solo y desconsolado. Mis enormes pérdidas en el juego y mis graves desilusiones amorosas, para no hablar de las otras, me habían confinado al pueblo y a la antigua casa de mis padres. No tenía esperanzas: aquellos no eran episodios excepcionales de mi vida, sino sus manifestaciones naturales; una profunda impotencia, la mía, me impedía cualquier tipo de trabajo; acariciaba un plan loco, me eternizaba considerando su posible, su próxima, su cada día más ineludible realización. El mundo me parecía sin sentido y, al menos para mí, sin porvenir: me preparaba, o al menos habría deseado prepararme, para dejarlo...

Una noche (pero ¿cuánto tiempo hace, en qué remoto pasado ha ocurrido todo esto?), mientras, como en *El cuervo*, estaba *weak and weary*, inmerso en la lectura de un viejo libro, o, a decir verdad, lo sostenía estúpidamente ante mí sin leer ni una coma, golpearon a mi portón. Vivía solo y no acostumbraba abrirle a nadie. Pero la hora insólita y no sé qué secreto sentido me indujeron aquella vez a no respetar mis hábitos. Entró un hombre al que no conocía, quien, después de un breve saludo y sin más explicaciones, se me adelantó escaleras arriba. Me asusto con facilidad y no osé retenerlo por la fuerza: interpuse unos débiles reparos a los que no dio mayor importancia. "Cierre rápido, por favor", dijo, "y vaya delante de mí". Como un dominado, obedecí.

Bajo la luz, el desconocido me pareció un hombre de fuerte complexión y de rasgos marcados; bigotes negros le ocultaban el labio superior; su voz tenía un buen timbre; debía de tener no más de cuarenta años. Se dejó caer en una silla junto a la mesa y parecía no recordar para nada el motivo que podría haberlo conducido hasta mí, ni siquiera pensaba brindarme aclaraciones de ningún tipo. El sentimiento que me dominaba era el miedo, o peor aún, el más loco terror, si bien nada en su comportamiento lo justificaba. De todos modos, una antigua costumbre de observar me hizo advertir muy pronto en él, a pesar de toda su presuntuosidad externa, una suerte de profunda gentileza o incluso debilidad que, si bien de algún modo se correspondía con aquel aspecto, volvió a darme coraje. Si hubiera conocido su verdadera razón, sin duda habría perdido el poco que me quedaba. Sus ojos brillaban de manera extraordinaria.

Con mano nerviosa hojeó el libro que se encontraba abierto sobre la mesa e hizo varias observaciones eruditas sobre el tema. Tenía un aire de quien, en un tono un tanto vago, como cuando se tiene mucho tiempo y no se tiene nada mejor que hacer, retoma con un viejo amigo una conversación interrumpida poco antes. "Señor...", comencé a decir aprovechándome de una larga pausa. Me interrumpió para reanudar cierta argumentación que, por lo

demás, no concluyó. En la mejor parte interrumpió una frase a medio camino y, sin mirarme, dijo suavemente:

"Señor, yo estoy loco".

"Lo estoy para los otros", se apresuró a agregar ante algún gesto involuntario de mi parte, "espero no darle a usted la misma impresión". Y me miró un instante con una especie de tímida sonrisa. "He... escuchado hablar de usted. Leí un libro suyo. ¿A quién más podría recurrir por aquí? Usted me escuchará, de eso estoy seguro... O más bien estoy loco de veras; o no lo estoy, según lo que se entienda con esa palabra. Pero no será usted quien tenga miedo de las palabras, quien les atribuya más importancia de la que merecen. Y ni siquiera de las ideas que expresan. No le teme a nada, lo veo. Es un sabio". ¿Me engañaba o había algo de irónico en el centelleo por cierto no natural de sus ojos?

"Escúcheme bien", retomó. "Esta misma noche me he fugado del manicomio de...", y nombró uno bien conocido de la región. "Hacía dos años que esperaba una ocasión como esta, y entenderá bien que debo apresurarme a sacar provecho de mi recobrada libertad. Ellos nunca quisieron, durante todo este tiempo, dar crédito o tan sólo escuchar todas las explicaciones y revelaciones que, con la mayor de las calmas (ya que no estoy loco, lo he dicho), me esforcé en proporcionarles. Ni siquiera han querido creer

en la existencia de mi criatura. Les señalaba el lugar preciso donde estaba escondida y se reían y se encogían de hombros, cuando los más bajos y vulgares no recurrían a sus métodos para hacerme callar. Les suplicaba que la buscaran, que la dieran a conocer para el bien del resto de la humanidad, que no para el mío propio; yo me habría contentado con permanecer toda la vida en áquella horrible cárcel, entre aquellos infelices privados de cualquier luz de razón, si tan sólo ella, mi criatura, hubiese podido mostrar a todos los hombres de buena voluntad nuevos caminos, caminos para los cuerpos, entiéndame bien, y para los espíritus; sólo con que hubiese iluminado al mundo entero, en particular al pequeño mundo de los reflexivos buscadores de la verdad, con los principios que la habían generado y le habían dado forma; que podían, que inevitablemente deben encontrar una más vasta aplicación en un futuro muy próximo. ¡Ay de mí! Con ellos todo fue en vano. Yo no sé, no puedo saber después de qué acto (ya que en este, nuestro mundo, sólo se castigan los actos, y sólo estos se temen) había sido destinado a ese lugar, donde me encontré luego de haber estado durante mucho tiempo inconsciente. Pero ese acto debe de haber sido sin duda violento, inconsulto o al menos contrario a las reglas de esta bien nacida sociedad, si bien no pudo no haber estado justificado; es más, debe de haber sido de una gran violencia (porque estoy loco,

lo he dicho), de esas que de ninguna manera pueden perdonarse porque ponen en riesgo la mismísima conformación de la preciosa raza humana, y a partir de la cual ellos de seguro quedaron golpeados y asustados, al punto de juzgar que ineluctablemente todos mis actos o razonamientos subsiguientes serían de la misma naturaleza. En fin, usted sabe bien que a un loco no se le reconoce el derecho de revelar la verdad, mucho menos de demostrarla, ya que todo el edificio de la razón se desmoronaría; y al igual que Galileo, por dos años les mostré en vano un telescopio en el que no quisieron poner el ojo".

Bajo aquella inundación de palabras me quedé como ahogado, si bien un cierto sentimiento ya se insinuaba en mí. No tenía fuerzas para interrumpir a quien hablaba, ni el coraje... y ni siquiera el deseo.

"Ahora, la idea que intentaba hacerles evidente es como mínimo simple, y rápidamente la expongo: si el tiempo, como ya fue aclarado, por los poetas bastante antes que por los hombres de ciencia, en particular por uno de ellos, el cual fue más que poeta y más que hombre; si el tiempo es un método, un concepto al que no le corresponde ninguna realidad física, una interpretación; si el tiempo y el espacio son, y reponga aquí la anterior oración, una única y la misma cosa, ¿por qué por lo tanto no sería también el espacio un método, un concepto, una interpretación? Se entiende que la pregunta

es sólo retórica. Y bien, no quiero aburrirlo con pasajes y consideraciones especiales de orden, en su mayoría, estrictamente físico o matemático: usted, por lo demás, que no está en el tema, no podría seguirme. Basta con que sepa que a la luz de este principio, o en particular de su configuración física, quedan por completo subvertidas, incluso pierden su significado, todas las creencias, por lo general aceptadas hasta ahora, relativas a la densidad de las atmósferas planetarias, a la naturaleza del éter cósmico y a tantas otras cosas. Y que el resultado práctico y tangible de esto, que representa apenas un comienzo, es precisamente mi criatura; una máquina, o un vehículo o como quiera llamarla, capaz en teoría de surcar cualquier espacio interplanetario y, ¿por qué no?, intersideral: de hecho y sin duda, capaz de cubrir la distancia que nos separa de nuestro satélite".

Aquí el desconocido hizo una pausa, no ya para juzgar el efecto de sus palabras, dado que sus ojos se dirigían a otra parte y parecían mirar a la lejanía, sino más bien como aquel que ha llegado al punto más importante o más difícil de su discurso. Hizo una pausa, y yo habría deseado que continuara sin demora: aquel sentimiento ya me fascinaba y dominaba despóticamente. Puesto que había entendido hacia dónde conducía ese preámbulo. Dije, sin embargo, sin poder evitar tartamudear:

"Estoy feliz por usted y, dado que le complace, por la humanidad toda, del bello resultado. ¿Pero cómo entro yo en esta historia?".

"¿Su intención es preguntar qué espero de usted?", respondió, mirándome fijo esta vez. "Esto también se lo digo de inmediato. Me dispongo a ir a la Luna; por numerosas razones no puedo ir solo, ¿no le gustaría acompañarme?".

Pues bien, era evidente que tenía frente a mí a un loco, y de la clase más peligrosa: la de los locos razonantes. Ni siquiera creía en sus descubrimientos, por físicos o metafísicos que fueran; mucho menos en la existencia de su criatura, como él la llamaba. Sin embargo, más allá de la consternación que la situación podía implicar, ¿qué tenía para perder? ¿No me preparaba acaso, o no me esforzaba por prepararme, para dejar el mundo? Y he aquí que él parecía haber comprendido mi intención y querer favorecerla, si bien de un modo, para mi sorpresa, literal. Y, por otro lado, ¿no era todo mejor que aquella vida mía, y quizás incluso mejor que la muerte, que yo anhelaba? Peor que como estaba no me iba a ir. Fuera lo que fuera su máquina, yo estaba desesperado, y él me hablaba de esperanza, al menos de novedad; yo aborrecía la existencia entera, y él por un mero azar se ofrecía a reconciliarme con ella, aunque sólo fuera haciéndome creer en algo, ayudándome a superar, si bien no de manera material como pretendía,

los estrechos límites en los que me debatía como en una cárcel oscura. Por lo demás, ¿era tan evidente que se trataba de un loco? A decir verdad, aún no lo había demostrado de modo irrefutable. ¿Y todos los hombres geniales, los audaces iniciadores, no habrán parecido, en un primer momento, locos como él o incluso más? Y además, era más que cierto que de los hombres cuerdos, o considerados tales, no podía esperarme nada bueno: ¿si probaba con los locos?

Al mismo tiempo, una extraña fuerza de persuasión estaba contenida, más que en sus palabras, en su ser entero. Tampoco excluiría que su ascendente sobre mí pudiera verse favorecido por cierta afinidad secreta entre ambos, en términos más simples que cualquier latente locura mía. Añadiré, por último, que ir a la Luna había sido una de las grandes ambiciones de mi adolescencia, como, entiendo, debe de haber sido la de muchos hombres apenas provistos de intelecto y de sentidos vivaces. El desconocido se había batido, en definitiva, en un terreno especialmente favorable.

No se explicaría, de otro modo, cómo frente a semejante propuesta no alcancé a hacer siquiera el gesto de sobresaltarme, sino que, por el contrario, ella me infundió tanta seguridad.

Yo no le respondía, sin embargo, y a su vez, sin dejar de mirarme fijo con ojos ardientes, él también callaba.

"¿Querría al menos decirme", pidió al fin, de manera un poco brusca, "si es la idea misma de viajar a la Luna lo que lo deja perplejo, o si a su vez duda de mis medios y, en general, de cuanto le he expuesto?".

Se trataba de cualquier modo de un loco, y debía tratarlo con los recaudos del caso, pero al mismo tiempo, puesto que era un loco inteligente, no debía demostrárselo. O sea, debía tratarlo casi como a un hombre razonable.

"Yo no dudo de nada", respondí en consecuencia, "pero comprenderá muy bien que su propuesta no es de las más comunes y que la decisión que me solicita es de esas... eh... eh... que tienen gran importancia en la vida de un hombre... Así que...".

"Lo comprendo, sí", dijo más sosegado, "en otras palabras, necesita mayores garantías antes de decidir sobre una cuestión tan relevante. Más que justo. Y bien, dígame apenas si estaría dispuesto a venir a la Luna si le asegurase y mostrase que estoy en condiciones de hacerlo, no sólo que tendrá un feliz viaje y una feliz estadía, sino también un rápido regreso si esto le conviene. El resto es asunto mío: verá que sabré convencerlo con respecto a estas dos posibilidades... ¡qué digo!, certezas".

Planteada la situación en estos términos, no se podía responder, o al menos yo no podía responder, otra cosa que:

"Ir a la Luna, en sí, no me resulta algo lejano, le confesaré incluso que es uno de mis mayores deseos. Pero... para comenzar, ¿dónde se encuentra esta criatura o máquina suya?".

"Si se trata sólo de eso...", respondió con suavidad. "Ella está a buen resguardo en un lugar de esta región, adonde aquellos a quienes se lo rogué durante dos años no han estado dispuestos a ir: donde ningún otro la alcanzará, excepto yo mismo, excepto nosotros dos, si ya puedo atreverme a decirlo. ¿Qué hora es?", exclamó poniéndose de pie con un ímpetu repentino. "Todavía no es medianoche, ¡vamos! Llegaremos al lugar antes del alba. Se dará cuenta de que no debemos ser vistos de ninguna manera; dado que no podremos partir de inmediato, necesitaremos hacer preparativos, reunir provisiones, controlar algunos aparatos; partir en esta gran, extraordinaria expedición... Señor, ¿no siente su corazón latir de manera impetuosa, su pecho henchirse con el aliento de otro mundo?".

Ahora parecía presa de la fiebre y se movía inquieto por la habitación. Se detuvo abruptamente mirándome con un aire casi amenazador.

"Pero usted no me ha dicho todavía si... resumiendo, ¿se decide o no se decide?".

Con mi cobardía habitual, quise ganar un poco más de tiempo.

"¿A qué distancia estaría... está, el lugar?".

"A cuatro horas caminando, tal vez ni siquiera tanto si vamos a buen ritmo".

"Y... ¿hacia dónde?".

"¡En la montaña, qué diablos! Fue allí que, día a día, antes del desgraciado incidente, ocultándome en el lugar o alcanzándolo noche tras noche durante muchos años, construí pieza por pieza, generé, diría, a mi criatura... ¿Entonces?".

He dicho ya que no creía en la existencia de esta criatura. De ahí que acompañarlo, si bien aquella salida nocturna no se adecuaba del todo a mi cobardía y pereza, no me parecía un acto demasiado exigente, y hasta era otra manera de hacer tiempo (¿pero respecto de qué?).

"Entonces, vamos".

Con un aullido de alegría se precipitó hacia la puerta. Y así fue que partimos a aquella singular expedición.

*

Cruzamos varios valles y laderas; sólo la luz de las estrellas nos iluminaba, bien o mal, el camino. Avanzábamos casi en silencio. Pero a dos horas del pueblo, la montaña fue haciéndose más áspera y salvaje, y sus bosques, prácticamente impenetrables. Sin embargo, él parecía conocer hasta el más mínimo pasaje entre las marañas y las rocas, y de ese modo la ascensión continuó de manera veloz. Desde arriba de una colina

distinguimos en cierto momento la luna menguante que, apenas salió, mordisqueada y herrumbrosa, parecía revolverse sobre el fondo de un valle remoto. Aquella vista nada reconfortante excitó, en cambio, a mi compañero, como si se tratara de una visión radiante. Y comenzó a decir:

"Observe nuestra meta: no pasará mucho tiempo hasta que la hayamos alcanzado. La Luna será nuestra. Y nosotros, ¿lo ha pensado?, seremos los primeros en tocar aquellas remotas orillas. Los únicos no, pues deseo que todo el género humano, si bien no lo merece en absoluto, se beneficie de mi maravillosa invención y de todos mis otros descubrimientos. Pero en fin, únicos habitantes humanos del astro de plata (que, como a propósito, en ese momento era del cobre más vil y sucio), podremos quedarnos hasta que nos plazca, a la espera de que el mundo nos rinda los merecidos honores, entre tanto, señores de vastísimos dominios. Desde allí arriba le enviaremos un mensaje al mundo y... por cierto, ¿dónde le gustaría establecer su primera morada: en el Lago del Sueño o en el Mar del Néctar? Bromeo, se entiende, sobre todo porque esos mares y lagos lunares no son cuencas secas, como todo el mundo cree, sino verdaderas y propias extensiones de agua. Perdóneme incluso si me dejo llevar por la emoción y el entusiasmo: estos sentimientos, después de todo, le parecerán naturales en alguien que como yo...".

Y así siguió. Pero se calmó pronto y, después de unas extrañas divagaciones sobre la toponomástica lunar, su discurso tomó un andar paciente y casi científico, como un maestro que tiene que lidiar con estudiantes duros de entendederas o crasamente ignorantes, clase a la que yo, por otra parte, pertenecía. Entre otras cosas, fue añadiendo algunas observaciones sobre la constitución física de la Luna y burlándose precisamente de la universal opinión de los astrónomos según la cual ese cuerpo celeste se encuentra desprovisto de atmósfera. Sobre su existencia él no tenía, en cambio, duda alguna, aun admitiendo que esta pudiera, incluso debiera, presentarse muy enrarecida. Se desprendía de lo que decía que había tomado todas las precauciones para el caso de que sus relevamientos y sus cálculos resultaran equivocados, precauciones sobre las cuales se comprometía a darme las explicaciones correspondientes a su debido tiempo. También mencionó su esperanza, sustentada, decía, en sólidos datos, de encontrar allí arriba no el desierto, sino una floreciente civilización.

El punto para mí más preocupante de esas parrafadas era que él ya me considerara totalmente comprometido con la misión y su compañero indiscutido. Pero el tiempo y las circunstancias decidieron y me ayudaron.

Habíamos llegado así al pie del más excelso arco de nuestro macizo. Que se presenta como una masa

confusa de picos, rocas y crestas inaccesibles o casi inaccesibles, muchas veces enrolladas, estas últimas, y replegadas en forma de anillo o cráter, formando unos gigantescos nidos de piedra, en muchos de los cuales hay un pequeño glaciar. El pico mayor, llamado Cuerno del Diablo, elevado por sobre los demás en forma de torre en ruinas o, para mayor precisión, de diente cariado, es, o era hasta hace poco tiempo, considerado inexpugnable debido a cierto paso demasiado peligroso; inexpugnable al menos para el común de los hombres. De ahí, por otra parte, que tuviera sobre él tan sólo una vaga información, y en efecto nunca había subido hasta allá arriba. De hecho, aquella escarpada región montañosa, a juzgar por lo que ahora alcanzaba a entrever, era más apta para las águilas que para los hombres.

Y fue justamente aquel Cuerno del Diablo, apenas enrojecido por el brillo de la Luna, el que mi compañero me señaló, diciendo:

"En menos de una hora habremos llegado. Manténgase bien cerca de mí y sígame paso a paso; el camino es difícil, pero no llega a ser peligroso".

(Yo que ya me encontraba al final de mis fuerzas, ¡y sólo había intentado seguir sus pasos!).

Reanudó entonces su marcha por el sendero rocoso, seguido por mí, que le pisaba los talones; luego de una corta distancia encaró uno de aquellos picos de manera oblicua, haciendo un camino propio, y para

reducir la fatiga del ascenso. Pronto, sin embargo, desapareció, o, mejor dicho, desaparecimos en una grieta donde fue necesario utilizar las manos y donde alcanzamos, si no me equivoco, lo que los alpinistas denominan una saliente. Y de esa manera, un poco con las manos y un poco con los pies, un poco escalando y un poco atravesando en diagonal las laderas del pico, le dimos casi una vuelta entera en espiral. Pero otro pico nos esperaba, el primer conjunto de una horcajadura, y seguidamente otros, cada vez más intrincados y difíciles. En este camino aéreo y en estos pasajes vertiginosos, yo recibía en parte la ayuda de la escasa luz, que me ocultaba la dimensión del peligro y la profundidad del abismo en cuyo borde nos paseábamos; luz débil que, por otra parte, volvía un poco más horribles todos los detalles, tanto de cerca como de lejos, de aquel ya de por sí siniestro paisaje. A menudo me encontré como suspendido de un abismo cuyas paredes la Luna iluminaba de rojo pálido hasta una cierta profundidad, dejando el fondo inmerso en una tiniebla casi leonada; pero antes de que mi ojo inconteniblemente ávido de horror hubiera sido capaz de penetrarla, ya me encontraba un tramo más allá, y así avanzaba en una suerte de inconsciencia. Se entiende, no obstante, que jadeara como un fuelle y que me viera forzado a menudo a rogarle a mi acompañante, quien por su parte no parecía resentirse por la fatiga, que aminorara la marcha.

Casi a cada paso descubríamos nuevas y confusas perspectivas. El cuerno mayor, que parecía al alcance de la mano, si bien aislado por un vacío inmenso, había perdido gran parte de su soberbia y de su altura. Hasta que alcanzamos la margen de una amplia hendidura o grieta que, por ambos extremos, se alargaba sin que se pudiera ver su fondo y nos interrumpía el camino. Pero muy pronto un remoto murmullo de agua de una insondable profundidad me golpeó el oído, y, fijando los ojos en la penumbra, allí abajo me pareció distinguir un lejanísimo espejo de agua. No es necesario que me extienda demasiado: la montaña, por efecto de algún formidable movimiento telúrico, estaba en aquel sitio calada hasta la base, y el orgulloso Cuerno del Diablo, separado por completo del resto de la cadena. Era por lo tanto, este, un pasaje obligado. Estimé que el largo promedio de la grieta mediría no menos de cinco metros.

"Un último esfuerzo", dijo cándidamente aquel hombre de hierro, "un último esfuerzo y habremos llegado. Del otro lado, lo que queda de pendiente es un juego de niños".

Pero yo estaba preso de un terror irrefrenable y, además, de una gran languidez. Me preguntaba demasiado tarde qué hacía, después de todo, en lo más alto de aquellas montañas salvajes, por la noche, solo con aquel demente, en busca de una quimérica máquina voladora, y asimismo maldecía en vano la

ligereza o la desesperación que me habían llevado hasta allí. Entre tanto, retrocedía inconteniblemente del abismo, tan espantoso como estrecho, y estaba bien decidido a regresar por donde había venido, en lugar de intentar aquel paso que, por otra parte, no veía de qué manera se habría podido intentar. En ese punto, mi compañero no dejaba de confortarme, insistiendo en que había una forma de superar la grieta; y yo, clavando los pies en el suelo como una mula a una distancia prudencial, no quería escuchar razones. Por fin él, viendo que todo intento de persuadirme era inútil, me dijo con brusquedad, mirándome con ojos fulgurantes:

"Señor, no tenemos mucho tiempo para perder, entre otras cosas se acerca la madrugada y desde aquí seremos visibles para toda la región inferior. Entonces, ¿qué prefiere, seguirme sin peligro o terminar en el fondo de este abismo?".

"Po... podría ser usted quien termine allí", repliqué horrorizado, castañeteando los dientes.

"Sí, sí, claro...", farfulló mientras se abalanzaba sobre mí como si fuera a comenzar de inmediato la lucha.

"¡Eh, cálmese, qué diablos! Sea razonable, ¿de qué condenado modo propone que lleguemos allí?".

"¡Pero si se lo estoy diciendo hace un buen rato y no me quiere escuchar! Del modo en que lo hice las innumerables veces que vine antes".

Diciendo eso y viéndome, si no consintiente, apaciguado, se alejó unos pocos pasos y comenzó a buscar entre el pedregullo detrás de una roca, hasta sacar una cuerda enrollada.

"Para empezar, aquí tenemos una cuerda. Ahora deme una mano".

De una profunda hendidura debajo de otra roca, cubierta por piedras, extrajimos dos largos troncos que eran, de hecho, dos ramas de pino. Manejándolos como si se tratase de gajitos, desplazó uno de los troncos hasta el borde opuesto de la grieta, es decir, de modo que la atravesara, colocando uno de los extremos en una pequeña ranura sobre nuestra margen, y afirmándolo con piedras para formar una cuña e impedir que se desplazara; al otro tronco, encastrado en una estribación de la pared opuesta, lo dejó caer contra nuestro lado, de manera que este quedó un poco por debajo de la arista de la roca, algo oblicuo pero sólidamente ubicado entre las dos paredes. Entonces enrolló la cuerda alrededor del primer tronco atándole la punta con un amplio ojal; por fin, volviéndose hacia mí con el resto de la cuerda en las manos, dijo:

"Pasaré primero. Esté bien atento al modo en que me amarro; en instantes, deberá hacer otro tanto usted solo. Sobre todo –agregó amenazante– no intente huir; sería inútil: lo alcanzaría en un santiamén y...".

Se ató la cuerda debajo de las axilas y luego debajo del torso en una especie de improvisado arnés.

Cayó sobre el pino inferior y, así anclado al superior, haciendo desplazar rápidamente el ojal de la cuerda a lo largo de este, en menos de lo que canta un gallo, con la agilidad de un mono, había pasado del otro lado.

Desató la cuerda, desde el abismo me la arrojó enrollada invitándome a repetir la operación sin demora.

Este era definitivamente el momento más propicio para huir y por un instante tuve la idea de hacerlo. Pero el endemoniado era capaz de regresar incluso sin la cuerda. Además, su método me convencía y, en verdad, según sus dichos, no presentaba peligros; lo peor que podía sucederme era quedar suspendido de la cuerda en el aire a medio camino, como una araña, pero, en tal caso, él me habría prestado su valiosa ayuda. Comenzaba de hecho a tenerle una gran confianza; y en instantes aseguré la cuerda lo mejor que pude al pino, me até a ella, y descendí temeroso en la improvisada pasarela.

Tenía los ojos cerrados. La travesía anduvo bien, hasta el momento en que tenía que llegar a la margen opuesta, cuando, no hace falta decirlo, no hice pie y resbalé con la mano; y sin lugar a dudas me habría tocado la peor de las desgracias de no haber sido por él, que me agarró por las solapas y sostuvo todo el peso de mi cuerpo con un solo brazo.

Quitó los pinastros y con el rostro feliz, transformado, dijo:

"Me perdonará si del otro lado he debido hacerle sentir miedo; pero escuché decir que con los principiantes es necesario actuar así".

Retomamos la senda cuesta arriba por el amansado Cuerno del Diablo, lo cual de hecho no resultó demasiado difícil.

Estábamos a punto de llegar, según lo que él decía, al refugio de su criatura. Ahora, llegado aquí, ¿creía yo en la existencia de ella (si así debo decirlo), o al menos de alguna otra cosa? Era realmente incapaz de darme una respuesta; sin embargo, eso ya era de por sí una media respuesta. En todo ese tiempo todavía no había podido decidirme acerca de la salud mental de mi acompañante o, mejor dicho, de qué clase de loco se trataba. Digamos, ¿me había traído hasta aquí arriba sólo siguiendo una fantasía? Y por otra parte... en el fondo, no había en aquel momento ninguna otra parte, a excepción de la incontrolable resistencia de la razón a creer en cosas maravillosas. A fin de cuentas, frente a él, yo estaba (salvo por la curiosidad) en una postura espiritual no participativa, crítica o judicial: me limitaba a esperar esta prueba para decidir si, repito, se trataba de uno de esos locos que son los faros de la humanidad, y que los llame locos el que quiera, o bien un simple y, por lo tanto, peligrosísimo visionario. En el primer caso, todo estaba, bien o mal, en su lugar. En el segundo... eh, ya no era el momento de andar pen-

sando qué habría acontecido en el segundo caso. Y aunque hubiera habido tiempo, ¿a qué habría llevado tal pensamiento, si impredecibles por definición debían de ser tanto sus propósitos al conducirme hasta aquí arriba cuanto sus ulteriores acciones?

A causa de mi lentitud, estábamos retrasados respecto del tiempo previsto: una luz violácea, presagio del alba, comenzaba a difundirse por el aire y las estrellas palidecían. Cuando llegamos a la cima del cuerno, le dimos la vuelta horizontalmente o, como suele decirse, en curva de nivel. Alcanzamos así una gran abertura en la pared rocosa de la cumbre, envuelta en forma de cono, que era la entrada al glaciar. El cielo clareaba cada vez más: era de día. Encima de nosotros una gran cantidad de nubes lechosas nos impedían la vista y en verdad nos apartaban del mundo. Pero aquí el día no era saludado por ninguna voz satisfecha: un silencio imperturbado y grave reinaba entre esos picos calinosos. Deteniéndose en el umbral de la inmensa puerta y extendiendo los brazos al oriente, mi compañero rompió en una exclamación exultante.

"Lejos", dijo, "lejos a nuestros pies está el mundo. En poco tiempo estará aún más lejano. ¿Dónde están esos, los ciegos que sin duda ya a esta hora me están buscando afanosamente? ¿Dónde, sus acreedores?". (¿Pero cómo sabía él que tenía acreedores, y que eran numerosos?). "¡Cuán remotos nos parecen

desde aquí los afanes y las agitaciones de todos ellos! ¿No le palpita gozosa la sangre? Rejuvenezca, amigo, con este aire puro en espera de inhalar otro más puro aún. Y no sólo eso: el espacio infinito se abre para nosotros. Desde allí arriba por fin", y señaló a la brumosa lunúcula que había quedado como olvidada en un rincón del cielo, "le impondremos a ese mundo de allá abajo nuestra voluntad, y nuestra voluntad es que sea próspero y feliz".

En eso, con cierto alivio para mí, se oyó el lejanísimo chirrido de un águila.

"¡Escuche, escuche el feliz presagio!", exclamó. Y, sin más ni más, seguido por mí, ingresó entre los altos acantilados de aquella suerte de circo o, más bien, pozo. Los cuales eran de los más variados y bellos colores, y aquí y allá drenaban húmedos y brillantes.

Con gran precaución atravesamos el pequeño glaciar en pendiente, providencialmente sembrado de piedras caídas de la cresta y casi todo cubierto de una especie de arcilla marrón. No hace falta que diga que el frío me atormentaba hacía ya unas horas, que de casualidad estábamos ambos con vida; sin embargo, en cuanto a él, no parecía siquiera sentir el frío.

Alcanzamos una gruta baja al pie de la pared rocosa, más bien apenas una hendidura, a la que no habría podido ingresarse más que a rastras. Aquí se detuvo mirándome con un aire triunfal. Y bien, ¿dónde podía estar la asombrosa máquina?

"Espéreme aquí", dijo. Y se deslizó dentro de ese hueco, pero salió de inmediato hecho una furia; de un salto se me vino encima, agarrándome por los hombros, mirándome el blanco de los ojos con los suyos profundos y conmovidos y, me pareció, velados por las lágrimas:

"Estoy a punto de mostrarle a mi criatura, el fruto de largos años de estudio y de trabajo, la cosa, y bien puedo decir el ser, que más quiero en todo el mundo, mi hija visceral. Estoy a punto de revelarle su escondite y ponerla, sin más, bajo su custodia. ¿Será usted digno? ¿No me traicionará? Y dado que ha llegado el momento de su decisión; dado que, como he entendido bien, usted esperaba esta prueba para juzgar si yo estaba loco o no, ahora dígame: si ella existe, ¿me acompañaría usted a la Luna? ¿Promete solemnemente hacerlo cuando haya, repito, constatado su existencia? ¿O puede haber otra cosa que lo detenga?".

Él me miraba con una intensidad sin igual. Balbuceé no sé qué cosa, y que otra cosa no podía haber, y que le tenía una gran confianza; por último prometí formalmente hacerlo, por íntima convicción y con conciencia, aunque no sin cierta reserva mental. Él me soltó poco a poco y volvió a meterse en el hueco. Lo escuché mover piedras y hacer ruidos varios en el interior. Luego extrajo algunas de esas piedras; por fin él mismo se asomó por un momento, con la cabeza despeinada, y me invitó a seguirlo.

Era como la había descripto. Me arrastré como pude en la hendidura, la cual, ya adentro, se ampliaba y se elevaba un poquito, como para permitir una relativa libertad de movimientos, se entiende que a quien permaneciera con la panza contra el suelo; sus pies me sirvieron de guía en aquella especie de oscura alcantarilla o túnel.

Así nos arrastramos por un tramo corto como dos verdaderas lombrices, surcando con el pecho un pegajoso limo. No pensaba en nada; no veía ni un hilo de luz y estaba casi sofocado. De repente sentí que se me escapaba de las manos el zapato al cual iba agarrado con fuerza, me pareció que respiraba con más libertad y de inmediato escuché, un poco por debajo de mí y de uno de los lados, su voz singularmente amplificada, como si estuviese en un lugar muy vasto, que decía:

"No se mueva, espere a que dé luz".

Lo escuché revolver sordamente a una cierta distancia, y en seguida un vívido rayo de luz brilló en la penumbra. Entonces me di cuenta de que me encontraba, debo decirlo, apretujado un poco antes de llegar a una curva cerrada del túnel; la luz que me golpeaba, y que a cada instante se hacía a saltos más vívida y violenta (como si poderosas lámparas se encendieran de manera sucesiva), era por lo tanto una luz indirecta, que rebotaba en la pared curva del propio túnel y de cuya fuente no podía hacer ninguna suposición. En una palabra, mi situación,

incluso física, era la más loca, tonta y ridícula que se pudiera imaginar.

"¡No avance todavía!", suplicaba y tronaba al mismo tiempo su voz.

¡Diablos, el buen hombre cuidaba sus efectos! Estaba ya por avanzar cuando, en el momento en que la luz comenzó a encandilarme por completo, él mismo me invitó a hacerlo.

El túnel conducía, tras un ligero salto, a una inmensa gruta que, en aquella luz clarísima, se mostraba en toda la fabulosa magnificencia de su bóveda poderosa, de sus columnas, de sus estalactitas. En las paredes había de tanto en tanto unos rudimentarios candelabros que, en lugar de antorchas, llevaban ciertos cilindros con picos, donde precisamente, con suaves suspiros y rugidos, se elevaban impetuosas llamitas, producto, sin dudas, de la combustión de algún gas; ellas parecían brillantes como las llamas del acetileno, sólo que apenas azuladas; y todas juntas aclaraban el lugar como no lo habría logrado la más resplandeciente luz del sol. En el fondo había un vasto taller y un laboratorio anexo, con abundante provisión de los más variados instrumentos.

En el centro de la gruta había visto primero, y ahora contemplaba con horror más que con estupor, un gran objeto de forma extraña, desigualmente reluciente, el cual, si debo relatar sin mayores comentarios

mi primera impresión, estaba allí agachado, tranquilo, y nos miraba con mil ojos.

Mi compañero se me acercó y, mirando con aire de triunfo la expresión de mi rostro, señaló dicho objeto con ambas manos en un gesto más bien melodramático: "Aquí la tiene. Su nombre es CANCROREGINA".

*

Desde aquel momento quedé entregado a él y a su máquina (que llamaré a partir de ahora con el nombre que él le impuso) o, diría más bien, en su poder. Para decirlo de una vez por todas, ya lo había decidido: él no era un loco, o lo era según una acepción vulgar del término, que no me interesaba. Se podía temer, sí, a la luz de la razón, que fuese un inventor, un genio, desafortunado, tal vez sólo un iluso; pero una sospecha de ese tipo ni siquiera se me pasó por la cabeza. En cuanto al acto o los actos que lo habían conducido al manicomio y de los cuales habría debido al menos temer que se repitieran, los atribuí con emotiva buena voluntad a una pasajera obnubilación y a alguna gravísima provocación; una de esas, por cierto, de las cuales el provocador mismo no es consciente, pero que son intolerables para un espíritu selecto. En conclusión, estaba confiado, ciego, no tenía duda alguna acerca de su relato.

Él se quedó arriba, luego de acompañarme hasta el mal paso, y yo regresé al pueblo con el encargo de procurar muchas cosas indispensables, en primer lugar provisiones para él mismo y para el viaje. Debía dejarlas cada noche en cierto lugar de la montaña, y él se encargaría de comprimirlas en su excelso laboratorio y de sintetizar la mayor parte de ellas según sus procedimientos, para asegurarnos de ese modo, como decía, la alimentación por años. De tanto en tanto nos encontraríamos, siempre en la montaña, para arreglos ulteriores.

Estos preparativos se anunciaban más largos que lo conveniente para nuestra impaciencia: entre ellos, muchas cosas, de hecho casi todas, las más extrañas sustancias y los más inusitados objetos, debían traerse de la ciudad. Y en efecto varios días pasaron antes de que pudiéramos sólo pensar en establecer la fecha de la partida, días que fueron para mí de una intensa fiebre. Aquellas demoras parecían reavivar mi entusiasmo antes que apagarlo: ausente del mundo, no vivía más que para la empresa, y habría querido apresurarla, al menos su inicio. Pero él, no menos impaciente que yo en su fuero más íntimo, decía de todos modos que no quería tener sorpresas y que todo debía estar dispuesto con precisión para reducir al mínimo los imprevistos; de allí que, con el cauto y metódico proceder de los hombres de ciencia, continuaba sin apresurarse con sus minuciosas preparaciones.

Entre tanto, el mismo día que siguió a la primera noche, y mientras todavía descansaba de la fatigosa ascensión, recibí la visita del director del... manicomio de la provincia, quien, con gran circunspección, como si no quisiera asustarme demasiado, me informó que la noche anterior había sido visto vagando cerca de mi casa cierto loco peligrosísimo que sin poder explicarse cómo se había escapado de la vigilancia de sus guardianes. Se temía que hubiese encontrado refugio en alguna de las numerosas dependencias (deshabitadas) de aquella, mi casa, o en su parque asilvestrado que limitaba por un lado con un bosquecillo; el director me pedía, en consecuencia, permiso para buscar en dichos lugares, acompañado de sus gigantescos enfermeros que lo esperaban en la puerta, y esto por mi propia seguridad. Aunque hablaban bien, no debilitaron mi confianza ni pensé por un solo instante traicionar a... ¿cómo llamarlo, si nunca supe su nombre? Por comodidad lo llamaré Filano.

Después de haber dado vueltas por la casa cuanto quiso, el director se retiró perplejo. El hombre era buscado activamente; es cierto que su escondite era un buen desafío para cualquier investigación. Durante la visita del director, agrego aquí, si bien no sé siquiera con qué propósito, tuve la desagradable impresión de que me hablaba como si fuera uno de sus pacientes: repetía a menudo las frases, casi para

aclararme su sentido o bien para estampármelas en los oídos, y mientras tanto me escrutaba con ojos de conocedor. Sin duda, por efecto de la costumbre, pero me dio tanta rabia que al final me puse poco menos que grosero.

Había regresado en un par de ocasiones al Cuerno del Diablo y había comenzado incluso a familiarizarme con Cancroregina. Era una máquina de un humor extraño, por lo menos eso me pareció, a juzgar por los sonidos que emitía mientras Filano trabajaba en torno a ella, por sus resoplidos y por sus reacciones variadas; me pareció a mí, digo, que conocía poco o nada sus vísceras complicadas y multiformes. Pero en conjunto se me aparecía entonces como una potencia benéfica, y su centelleo, propicio, si bien metálico. Hasta me había acostumbrado a su mirada de "demonio que sueña", mirada entre obtusa y metafísica, dura y opaca la mayoría de las veces, comparable a la de los saltamontes. Ella era, por otra parte, la libertadora, la que con sus alas (del todo metafóricas) debía transportarme (no metafóricamente) fuera de mi ingrato mundo y... y basta: que yo, a fin de cuentas, sobre su futuro, a diferencia de mi compañero de expedición, no pensaba nada de nada, y sólo ambicionaba dejarlo atrás.

Su interior estaba organizado de manera cómoda, incluso con elegancia, para dos personas, con todo lo que se requiere para el descanso y para las otras

necesidades de la vida cotidiana. De hecho, según había entendido, a diferencia de lo que podría haberse supuesto, ella no debía recorrer a gran velocidad sino más bien con relativa lentitud, la inmensa distancia que nos separaba de nuestra meta. En su despensa habría, o ya se lo había, encontrado lugar al alimento para dos o tres años, tal como dije antes; en sus tanques, oxígeno para el mismo tiempo, reducido, no sé por medio de qué procedimiento mágico, a diminutos granos blancuzcos. De estos, según Filano, no consumiríamos más que una mínima parte, pero en todo caso era mejor tener de más que arriesgarse a que faltaran. Sobre cómo habían sido resueltos los numerosos y gravísimos problemas de aerodinámica y quién sabe cuáles otros inherentes a una travesía interplanetaria, no sabría decirlo a conciencia. No es que en general me faltaran las explicaciones, las demostraciones prácticas y demás, de Filano mismo, quien a toda costa quería que adquiriera familiaridad con los órganos y las funciones de su criatura, ya que, finalmente, habría debido ser no sólo su compañero sino también su ayudante; pero la infernal impaciencia que me devoraba, fuente de distracciones y vaguedades, la fe ciega que tenía en él y en el éxito de la empresa y, por último (o más bien en primer lugar), mi constitutiva incapacidad para comprender cualquier cosa de este tipo hicieron que, de hecho, no comprendiera nada. Y para mi desgracia,

lo poco que comprendí lo he olvidado; ¡oh!, ¿no sabía acaso que con mi distracción ponía en riesgo... la vida? La vida sería poco decir: ¡oh, si le hubiera prestado entonces toda la atención de la que era capaz...! Así es que, en verdad, de esta Cancroregina, lo repito, no sé y no puedo decir nada preciso; más bien, nada en absoluto. De allí que no tengo certeza de lo que recuerdo sobre su principio rector, y que aquí anoto arriesgándome a transmitir un soberano despropósito. Parece, sí, que ella se mueve, en estas regiones del espacio donde el medio dentro del cual se mueve se presenta demasiado enrarecido para sostenerla, emitiendo una atmósfera por delante de sí, del tipo, pongamos, de la terrestre, a la cual, por así decirlo, se aferra de instante en instante. Tampoco sé de dónde obtiene su fuerza motriz o propulsora o del condenado tipo que sea, y sólo sé que debe ser alimentada periódicamente, por una boca interna y voraz, con otros gránulos, esta vez de color marrón. No sé cómo se maneja ni cómo se detiene. Mecanismos externos como hélices o similares, no tiene.

En cuanto al modo de hacerla salir de allí dentro, pregunta que me había hecho desde un primer momento:

"Fíjese", me dijo Filano, "como ve, de aquel lado, o sea, hacia afuera, la pared de la gruta se ahueca como una vela inflada por el viento; precisos relevamientos arrojan que esa pared tiene un espesor mínimo de siete

metros; que no son demasiados para una buena dinamita. De allí que puede comprender: cuando llegue el momento, simplemente haremos volar la cortina de roca, justo lo suficiente. Y bastará con poco, bastará con una abertura justa que nos permita pasar del otro lado, ya que yo", proclamó con orgullo, "puedo conducir a Cancroregina con precisión milimétrica. Ella, para decirlo mejor, se deja guiar con docilidad por mí".

Para probarlo me invitó a un breve vuelo experimental.

Cancroregina se quejó un poco, estornudó, bostezó con pereza, como si no le pareciera del todo bien dar unas vueltas para hacer una simple exhibición; luego se elevó, todavía de mala gana, pero en seguida hizo oír su silbido y comenzó a girar por la gruta. Subió a pocos centímetros de la bóveda, giró con bella gracia alrededor de una columna, enfiló con ímpetu por un estrecho pasaje entre dos de ellas, realizó otros movimientos, hasta que se posó con suavidad en el suelo. Mi entusiasmo no tenía límite.

Y llegó al fin el gran día. El sol había salido hacía poco; para nosotros, no para el resto del mundo, que permanecía envuelto en vapores nocturnos; el aire, gélido, a aquella altitud era de una limpidez sin igual. Para resumir, era una radiante mañana de octubre, una mañana de esperanza, cuando nos aprestamos a hacer detonar los potentes explosivos ya sabiamente dispuestos por Filano en el espesor de las rocas.

Encendimos las mechas, abandonamos la gruta y nos alejamos a toda prisa, atravesando los hielos y poniéndonos al reparo detrás de las estribaciones de la cresta. Luego de un par de minutos, los explosivos volaron casi todos juntos con fragor infernal, repercutiendo con energía en la pared curva, a lo cual siguió un silbido y un retumbar de piedras y lascas. Ya de vuelta en el lugar, pudimos constatar rápidamente el éxito de la operación: se había abierto en la pared una larga hendidura humeante, que hacia su zona media era lo bastante grande como para dar paso a Cancroregina.

"No perdamos tiempo", dijo Filano, "el estruendo debe de haberse escuchado en toda la región".

Si bien había colocado los explosivos de manera que estallaran hacia el exterior, y Cancroregina estaba emplazada detrás de unas enormes columnas y protegida por una red de hilos metálicos con el fin de reducir los efectos de la formidable explosión, no estábamos tranquilos por ella, cuyos delicados órganos podrían haber sufrido a causa del estallido o por la caída de algún fragmento. Pero no había sido así, y ella, intacta, nos recibió con un aire alegre, incluso burlón.

Tras una última mirada para ver que todo estuviera en orden, ocupamos nuestros puestos, Filano descendió no sé qué palanca. Cancroregina gimió: siempre parecía que le costaba un cierto esfuerzo abandonar el estado de reposo, pero también, como

creía haber notado, regresar a este desde una condición de movimiento; en fin, parecía en sí misma dotada (si tal expresión tiene algún sentido) de una gran fuerza de inercia.

Gimió, trepidó, se separó del suelo con débiles chillidos; hizo un breve recorrido en la gruta, como caracoleando, y se puso a sisear; atravesó la brecha en la pared y salió al glaciar, al cual sobrevoló a poca altura con un leve movimiento oscilatorio; consolidó su posición en el aire, salió al cielo abierto y hacia él se elevó.

*

Cancroregina, al parecer, no podía elevarse más que con una inclinación muy reducida, o sea, dando vueltas amplísimas. Considerando ahora este hecho y, en otros términos, que ella se dirigía hacia la Luna girando en una espiral de vuelta corta aunque variable; considerando que la distancia por cubrir resultaba, por lo tanto, al menos diez veces mayor que aquella, por todos conocida, entre la Tierra y su satélite; teniendo en cuenta, por último, que Cancroregina avanzaba a una velocidad aproximada de mil kilómetros por hora, era fácil concluir que nuestro viaje habría debido durar algunos meses. Esto, se entiende, sin perjuicio de cuanto podía suceder una vez que entráramos en la esfera de atracción de la Luna,

donde las condiciones de vuelo podrían verse modificadas. Esta, sin embargo, era una reflexión mía: Filano no tenía dudas y mostraba saber con lujo de detalles cómo se desarrollarían las cosas.

La primera vuelta nos llevó, al cabo de doce horas, a las Islas de la Sonda, a una altitud, creo, de unos doce kilómetros (ya que habíamos partido de un lugar muy elevado); desde allí, al día siguiente, de vuelta hasta Hawái a una altitud no muy superior; estos datos, por lo demás, habrían podido controlarse con precisión por medio del panel de comandos de los instrumentos de a bordo. Al tercer día volvimos a pasar sobre el Archipiélago Malayo; y así sucesivamente, con bastante lentitud, pero elevándonos de manera constante. Durante esas idas y venidas por las capas más bajas de la atmósfera, nuestro paso fue advertido. La extraña forma de Cancroregina debe de haber suscitado curiosidad y temores, puesto que la radio de a bordo entró en un estado de agitación: desde muchos lugares se pedían explicaciones de toda clase. A nadie le respondimos.

Los días pasaban. Cada día se descubría ante nosotros un horizonte más vasto, aunque la superficie terrestre aún no revelaba a nuestra mirada su curvatura –más bien, se presentaba algo cóncava–, ni aumentaba el tamaño aparente de la Luna. Pero ya iban oscureciéndose las masas de agua y, por el contrario, iban aclarándose las tierras, de modo que más tarde aquellas quedaron

por completo opacas y sordas, mientras que estas se volvieron extraordinariamente brillantes. (Respecto de la redondez de la Tierra, la notamos por primera vez cuando estuvimos cerca de los cien kilómetros de altitud). Como estaba planeado, el mismo día de la partida se habían puesto en funcionamiento los aparatos productores de oxígeno. El termómetro externo ya registraba temperaturas bajísimas.

La vida a bordo se desarrollaba con tranquilidad, sin incidentes exteriores dignos de nota, férreamente regulada en sus fases esenciales por Filano, quien quería que nuestras fuerzas se mantuvieran frescas, si bien, habiéndose dado cuenta ya de mi ineptitud, era el único que proporcionaba el trabajo necesario. Por lo demás, Cancroregina necesitaba vigilancia más que cuidados materiales, y ni siquiera era necesario conducirla: una vez que determinados dispositivos se orientaron en cierto modo, ella avanzaba, subía, giraba, hacía cada cosa por sí misma. Por ello, pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo en elevados discursos sobre ciencia y filosofía, en proyectos, en conjeturas sobre lo que nos esperaba en la Luna; en obstinados y vanos intentos de su parte por hacerme comprender los principios de la física superior.

Entre las operaciones de rutina, o casi, estaba la producción de agua, operación que, dada su extrema simplicidad, estuve muy pronto en condiciones de realizar, en contadas ocasiones, yo mismo. Agua,

en efecto, que por otra parte, en la cantidad requerida, habría sido de un peso y un volumen excesivos, no habíamos llevado, por la buena razón, por cierto, de que Filano la producía según la necesidad. Ponía en una gran probeta conectada con los órganos internos de Cancroregina, donde sin dudas sucedía la reacción principal, sus granos blancos de oxígeno y otros granos, sin duda de hidrógeno: se veía un gran enredo y confusión, y de allí poco a poco el agua destilaba, límpida como de un manantial.

Manipulaciones ulteriores de mi compañero convertían la totalidad de nuestros excrementos –ya de por sí reducidos a una cantidad mínima por efecto de nuestra alimentación sintética– en gases o sustancias útiles que luego se envasaban según correspondía. Es obvio que no podía pensarse en arrojarlos por la borda: la más mínima entrada de aire exterior podría haber sido fatal. Para tal propósito, debo decirlo, nuestra célula se comunicaba con el exterior por medio de sólo dos aberturas, ambas concebidas de acuerdo al mismo principio: el de la válvula (y ambas, se entiende, herméticamente cerradas). La primera era el escape del anhídrido carbónico, producto de nuestra respiración, que, como me explicó Filano, se acumulaba en cierto conducto contra un enorme opérculo que se abría hacia afuera hasta alcanzar la presión suficiente para forzarlo. El opérculo estaba provisto de un potente mecanismo de cierre, o clausura, automática.

La segunda apertura era la gran escotilla por la cual habíamos entrado: esta también se abría hacia el exterior, y un dispositivo análogo, así como robustos tornillos internos, la mantenían cerrada. Habría sido por lo tanto imposible que alguien desde afuera penetrara en nuestra aérea morada; mientras que, por el contrario, nosotros habríamos podido, en un caso extremo de necesidad, forzar su apertura.

Alrededor de los dos mil kilómetros de altitud salimos de la atmósfera terrestre; o esta, al menos, cesó de arrastrarnos en su rotación. Desde hacía algún tiempo teníamos la impresión de que el último, más tenue pedazo de nuestro planeta no tenía mayor efecto sobre Cancroregina, e incluso habíamos detectado algunos ligerísimos desplazamientos de la Tierra respecto de aquella que, teniendo en cuenta nuestro movimiento, debía ser, vuelta tras vuelta, su posición relativa. Hasta que una bella mañana nos dimos cuenta de que nuestro movimiento era ya del todo independiente del suyo. Entre tanto, el cielo había ido oscureciéndose gradualmente, el Sol había tomado el color del hierro incandescente, y la Luna y la Tierra habían adquirido una luminosidad violenta, agresiva, si bien también algo yesosa; se hizo una tiniebla completa, en medio de la cual estos tres cuerpos celestes y las estrellas todas resplandecían con vigor, pese a lo cual no lograban impregnar o atemperar la oscuridad, ni otorgarle ningún tipo de brillo.

Así veo el cielo todo el tiempo ahora, a pesar de que desde aquí la Luna parece bastante más grande, y la Tierra, un tanto aplanada, no ocupa más que un octavo de la bóveda celeste (cuando la Tierra, si no me engaño, es cien veces más grande que su Luna). A quien la hubiese visto desde el exterior, Cancroregina debía de parecerle un pequeño cuerpo radiante de luz indirecta y, por medio de la atmósfera que ella emite, circundado de un pequeño halo (del cual más tarde, en efecto, tuve confirmación). Luego de haber seguido por algún tiempo, según me pareció, el más caprichoso régimen, la noche en cambio había abandonado, al fin, el interior de Cancroregina, provisto de aire, y ya sólo un eventual eclipse habría podido simular su regreso.

*

Los días seguían pasando, pero ya no sin cambios. He dicho antes que la vida a bordo era tranquila: en realidad fue así sólo los primeros días, para mí al menos, que, poco después de nuestra partida, había comenzado a notar algo anormal en el comportamiento de Filano. Primero no les atribuí demasiada importancia a esos síntomas: se los achaqué a la fatiga por el gran trabajo y a la gran tensión espiritual de los últimos tiempos, a la excitación por el feliz inicio de la empresa y a otras numerosas causas, más

o menos plausibles, que confiaba en que pasarían. Pero más bien se agravaron con el transcurso de los días y de las semanas, dándome que pensar. Hasta que en un momento se volvieron motivo de verdadera preocupación y comencé a alarmarme, mientras comenzaba a caérseme la venda de los ojos.

No es fácil decir con precisión en qué consistían esos síntomas. Unas veces se trataba sólo de una actitud, de una palabra, de una mirada; otras, se presentaban con mayor energía; lo cierto es que todos juntos componían, para hablar claro, un cuadro nada tranquilizador de su estado mental. Sus facultades parecían manifiestamente alteradas, me refiero respecto a cuando lo había conocido; ¡y admito que ya entonces no era pues un modelo de conducta normal!

Pero... ¿cómo yo, que le tenía una confianza ciega e incluso una ciega admiración; que poco antes no sólo no lo había considerado loco, sino todo lo contrario: lo había proclamado para mí el único hombre cuerdo de este mundo, y que tendí más bien a atribuir aquella primera calificación a todo el resto de la humanidad; que a los reproches de la ciencia, encarnados en el director del manicomio, había respondido con una íntima sonrisa de desprecio; cómo había llegado yo a tal conclusión? Y bien, sería largo de decir cómo, pero mi confianza había sido forzada a ceder palmo a palmo; mi admiración había ido convirtiéndose,

minuto a minuto, en verdadero terror, mientras todas mis ilusiones caían una tras otra.

¿Siempre había sido así o se había convertido en eso? La pregunta, en las actuales circunstancias, era del todo ociosa. No obstante, por mi parte habría dicho más bien que él había ido revelando día tras día su verdadera naturaleza, contenida y dominada momentáneamente al precio de quién sabe qué esfuerzos; es decir, el tiempo necesario para inspirarme seguridad y arrastrarme a esta empresa, que a medida que avanzaba su enfermedad, comenzaba a parecerme, ella también, ardua y desesperada, por no decir quimérica, de manera tan evidente como antes me había parecido segura y plena de bellas recompensas. Pero tomé conciencia demasiado tarde de mi ligereza de juicio y de mi imprudencia: cuando ya no tenían remedio.

No se trataba de que mi persona estuviera amenazada, o que él tuviera abiertos arranques de ira; pero la enfermedad podía manifestarse, seguida de una explosión, de un momento a otro. La cosa había comenzado con miradas torvas e inopinadas, con risitas fuera de lugar, con bruscas interrupciones o repentinos silencios justo en el medio de un razonamiento, con excesiva irascibilidad, intemperancia en las reacciones y otras leves desviaciones. Y había ido alcanzando formas paroxísticas o gravemente patológicas como gestos impulsivos, afasia temporal,

tartamudeo, deducciones arbitrarias, asociaciones meramente verbales, formas coactivas, automatismos y demás. En general, sus discursos suscitaban la imagen de esas latas de pomada para zapatos que los muchachos del pueblo perforan y hacen girar a gran velocidad en forma de vórtice alrededor de una cuerda; aquellos, para decirlo con una imagen moderna, giraban en falso. Una vez asumido un dato cualquiera, a menudo secundario, se aferraba a él de manera incansable e irrefrenable durante horas enteras, sin lograr "engarzarlo" a los otros elementos del discurso ni lograr darle significado alguno. Sin embargo, parecía tener todavía una vaga consciencia de ello. Además, hablaba solo sin parar; y con frecuencia, en el corazón de la noche (o, más bien, durante las horas destinadas al reposo, puesto que la noche, repito, nos había abandonado hacía tiempo), me despertaban –esto, en el caso de que el cansancio hubiera terminado venciendo mi terror– unas risotadas que ponían los pelos de punta. Debo decir, eso sí, que la risotada desarrollada por él en esos últimos tiempos, y que mejor sería considerarla un violento ataque de nervios, era por lejos la más horrenda: de súbito, tal vez interrumpiendo uno de esos razonamientos suyos y cuando, es superfluo añadirlo, no había nada de qué reírse, ladeaba un poco la cabeza, se llevaba los puños a las sienes y, mientras una espantosa mueca se le imprimía en el rostro descubriéndole los

dientes, temblaba todo, o para ser más exacto, se sacudía presa de una convulsión indomable, sin que, por otra parte, saliera sonido alguno de sus labios. Estos accesos duraban a veces varios minutos, después de los cuales retomaba, como si nada hubiera ocurrido, sus ocupaciones, o sus disparates.

¿Pero para qué decir tanto? Era, debo confesármelo, *un loco*. Y si aún hubiese tenido dudas, se me fueron cuando me di cuenta de que su pupila derecha, y sólo esa, se le había dilatado muchísimo; hasta que por fin comenzó a quejarse de alucinaciones visuales, auditivas, incluso táctiles.

A pesar de su estado, Filano seguía ocupándose de Cancroregina, incluso con un cuidado salvaje y un celo que lo llevaban a mantenerme alejado de los instrumentos de vuelo. Su amor completamente desmesurado hacia su criatura había asumido también aspectos morbosos y manieristas, o rituales. Era claro, sin embargo (o mejor: por eso mismo), que más allá de ese trato cotidiano con ella, esto es, en relación con cualquier nueva situación, su mente ya se sabía perdida. En suma: estábamos a ciencia cierta en de Dios. Con respecto a mí, durante bastante tiempo había mantenido, aun en el desorden de sus facultades, una cierta benevolencia, si bien a menudo me maltrataba. Pero hasta ese sentimiento cedió a su ardiente sed interior para transformarse en el opuesto, en una aversión más o menos declarada. Entre

otras cosas, desaparecieron sus miradas torvas: ahora clavaba sus ojos en mí y me escrutaba; podía sentirlo muy bien cuando le daba la espalda; y me espiaba de manera tenebrosa mientras dormía, o cuando él creía que yo estaba dormido.

Es inútil describir qué clase de vida llevaba encerrado sin remedio con ese loco, en esa celda literalmente fuera del mundo. Ya casi no dormía, vivía, en una opresión y un terror sin nombre, día tras día minuto a minuto a la espera de la inevitable explosión; mis nervios, mis fuerzas, estaban a punto de fallarme, comenzaba a temer por mi propia salud mental; ni siquiera podía imaginar qué podría ocurrir, en todo caso, después de aquella terrible explosión, en caso de que sobreviviera a ella.

*

Así fue que llegó el día fatal. Los acontecimientos que tienen un significado profundo y perdurable para la vida o para la conciencia de un hombre, las cosas cuyas consecuencias, buenas o malas, se prolongan y llegan a alcanzar a toda la humanidad, en un añoso y tal vez eterno futuro, y cuyas premisas se remontan a un pasado imposible de precisar; aun estos acontecimientos tienen un tiempo, un breve tiempo terrenal, y aunque puedan preverse desde mucho antes, siempre son, en cierta medida, impre-

vistos. Nos parece que semejante hecho no puede ocurrir en tan breve lapso, y no sabemos que a menudo este se concentra incluso en un solo instante. Entonces, cuando ha ocurrido algo irreparable, y más aún si es algo tristemente irreparable, no nos parece cierto, un momento después, que no se pueda, con algo similar a lo que en el espacio es un paso atrás, retrotraer todo a su condición precedente, para recomenzar desde el principio, para reflexionar... y, si se quiere, realizar el mismísimo acto. Pero es cierto. Así es, todo es como un sueño, no puede ser parte de la realidad aquello que ha sucedido; y todo es tan real que ya es parte del pasado. (Pomposo exordio, pensará mi inexistente lector, para esta mera anécdota. Bueno, piense lo que quiera –ya que no existe– y acostúmbrese, si puede, a mis peroratas).

Igualmente sorpresivo fue el modo en que llegó a mí aquello que esperaba hacía tantos días.

Las condiciones de Filano habían ido agravándose en particular por encima de los cien mil kilómetros de altitud, o de elongación. La cosa sucedió hacia los doscientos mil a medio camino, por lo tanto, entre la Tierra y la Luna. Habían transcurrido poco más de dos meses desde nuestra partida.

Una mañana, entonces, Filano se levantó de su cucheta, donde hacía ya cualquier cosa excepto dormir, más agitado que de costumbre, dejándose dominar por palabras y actos que no conservaban ya

la menor huella de coherencia y manifestándome, para este momento, sí, una declarada aversión. Daba vueltas, frenético como una fiera, por el camarote, de repente se me plantaba delante, volvía a menearse, y siempre parecía estar a punto de saltarme encima. Sus centros inhibitorios parecían destruidos. Hasta sus ocupaciones diarias habían perdido toda apariencia de coordinación: en su desmemoria, iba de aquí para allá tocando caprichosamente los instrumentos y estimulando de diversos modos, sin necesidad alguna, los órganos internos de Cancroregina, lo que después de todo podía constituir un peligro. Reía, lloraba, aullaba, cacareaba, se agitaba, se estremecía, se sacudía, presa de accesos incontenibles. Parecía querer incinerarme con la mirada; en una ocasión, por el contrario, se paró de pronto frente a mí y me recomendó a su criatura con extrema conmoción, puesto que, dijo, pronto estaría muerto y ella se quedaría sola en el mundo. No es preciso que me extienda acerca de mi propio estado. Apenas un poco menos perturbado, no podía hacer otra cosa más que agachar la cabeza y entregar mis oídos a la espera del "último paroxismo", que habría de ser espantoso: no podía ni pensar en emprender alguna acción en su contra, dada su extraordinaria fuerza física, sin duda centuplicada en aquellas condiciones. Tan pronto me hubiera agredido, no habría podido hacer otra cosa sino de algún modo intentar matarlo; sí, matarlo.

Al promediar el día, su agitación alcanzó el colmo, pero todavía no se producía lo que ya casi me auguraba, para resolver mi intolerable tensión. Agitándose cada vez más violentamente por el camarote, se arrojó de golpe –sin que pudiese tan siquiera imaginar detenerlo– contra la escotilla de entrada, le desenroscó los pernos y lanzó las grandes tuercas a diestra y siniestra; aullaba de manera convulsiva que necesitaba aire. La escotilla sin embargo permaneció cerrada gracias al resorte de cierre. Pero quizás un postrero resto de conciencia lo advirtió del gravísimo peligro al que se exponía, o su mente ya había saltado a otra parte. Desistió. Se precipitó en cambio contra la consola principal, giró un interruptor y levantó una palanca. Cancroregina no pareció verse afectada por el momento y continuó su vuelo extraordinario y estable.

Fue entonces, cuando en el acto me dio la espalda (posición en la que permaneció durante un tiempo, petrificado), que oí aquella voz que todavía resuena en mis oídos. Aquella voz que, por lo mismo aún más terrible, no tenía nada en común con su voz: calma, gélida, escalofriante. La voz decía:

"Hace mucho que pienso en ello. Así no puede seguir, aquí todo está mal porque está usted, su peso. Usted debe morir".

No dijo nada más, hasta el final. Casi en el mismo momento se dio vuelta y, con un mudo rechinar

de dientes y temblando con todo el cuerpo debido a la excitación, al odio, la epilepsia, morado, cianótico el rostro, se me arrojó encima e intentó agarrarme por el cuello.

No sé cómo, me desembaracé de la formidable llave, repeliéndolo contra la pared opuesta, aquella en la que se abría la escotilla; y desde donde, retraído para tomar renovado impulso, una vez más se abalanzó contra mí. Pero en ese supremo instante, como por iluminación superior, yo había tomado partido. La escotilla, ya lo he dicho, permanecía cerrada sólo gracias al resorte, cuya resistencia debía de ser enorme, según recordaba la impresión que había tenido en el momento de partir. Sin embargo, si catapultaba a mi adversario contra esa escotilla, podía esperar que esta cediera al menos lo suficiente para permitir el paso de su cuerpo. Arriesgaba así mi propia vida, puesto que quizás habría bastado tan sólo con una bocanada del aire (o de lo que fuese) y del intenso frío del exterior para matarme, pero no tenía elección, y arriesgar la vida, incluso demasiado, siempre es mejor que perecer: los ataques de aquel desbocado sin duda habrían terminado, antes o después, por hacerme sucumbir. En un supremo esfuerzo, pues, con la energía de la desesperación, apoyando la espalda contra la pared a la que estaba pegado, y el pie derecho, no bien lo tuve a tiro, contra el medio de su pecho; ayudándome con los codos, con el occipucio,

con el ánimo, con el terror, avancé con cuanto vigor me restaba.

La escotilla cedió, pero no lo suficiente; permaneció vacilante por una fracción de segundo, al punto de volver a cerrarse con violencia; pero, habiendo cargado por un instante con todo el peso del cuerpo de Filano en la hendija así abierta, se ensanchó de golpe. Filano cayó al vacío (expresión que tiene aquí, supongo, su valor literal).

Al mismo tiempo que el batiente se cerraba con un golpe seco, una ola gélida, que quemaba las mucosas internas y las vísceras, atravesó el compartimento. Sofocado, quemado, como agrietado y temblando por dentro, perdí el sentido.

Cuando volví en mí, el corazón me latía con furia y un espeso velo me cubría los ojos, pero al menos iba recobrando el aliento con rapidez. La piel se me había vuelto como de pergamino y así se mantuvo por semanas.

Lo primero que vi fue... a Filano.

*

Debido a no sé qué diabólico efecto, que tal vez a los físicos les resulte familiar; quizá porque aquí arriba la gravedad terrestre ha perdido, al menos sobre un cuerpo tan pequeño, gran parte de su fuerza y no sirve, en todo caso, para vencer la atracción de

la cercana Cancroregina; o, lo que es más verosímil, porque él permanecía atrapado, "como mosquito en ámbar áureo", en la atmósfera creada por ella, de modo tal que formaba un todo con Cancroregina, Filano de ninguna manera se había precipitado, sino que seguía fielmente a su criatura en el espacio, ¡oh, muy fielmente! Filano, es decir, su cadáver reseco, vaciado sin duda, como preparado en alcohol o más bien en aire líquido, con toda probabilidad frágil como un cristal de Bolonia, pero en definitiva intacto en su exterior; Filano –congelado en su último gesto, bien visible a través de la ventana posterior contra el cielo negro bajo el tenue reflejo antes señalado, con los ojos exorbitados y llevando, digo, todavía en su rostro la horrible, feroz mueca que había sido su última expresión con vida– seguía, sigue a Cancroregina en el espacio; me sigue en el espacio infinito y por la eternidad, a mí, su asesino.

Como había caído con la cabeza arrojada hacia atrás, la posición de todo su cuerpo hacía, hace pensar en esos personajes de madera suspendidos de los carruseles del Piamonte como Gianduja, el Soldado, la Bella Dama, el Borrachín, que no tienen miembros y, casi como sirenios, tienen cuerpos alargados como peces para comodidad de los niños que deben montarlos; y que con el girar del carrusel se ven elevarse uno tras otro por el aire en sorprendentes perspectivas.

Lo segundo que atrajo mi atención fue un ruido: un chasquido de la consola principal. La pequeña palanca que hasta hacía poco, tal vez apenas un minuto, Filano había tocado, se había bajado de golpe y, al mismo tiempo, Cancroregina toda había comenzado a sacudirse, a temblar, a oscilar, a rolar pavorosamente, mientras su silbido se volvía un bramido amenazador parecido al que hace a veces el gas de las cocinas o de las chimeneas. Acopiando mis fuerzas aún abatidas, me acerqué e intenté volver a poner la palanca en su posición original. No lo logré del todo, y, en ese mismo acto, tuve la sensación, sentí incluso en el pulso eso que, si Cancroregina tuviese alas, yo llamaría un deslizamiento frontal. No me di cuenta por muchos días, ni podía darme cuenta, de todo lo que entonces había ocurrido; por fin conseguí poner en su sitio la palanca y el vuelo retomó la estabilidad como al comienzo. Pero por fin advertí, y sirve que lo diga pronto, lo que había ocurrido: ignoro y siempre ignoraré la causa por la cual Cancroregina se había desviado de su ruta y se había puesto a girar, casi como un minúsculo satélite, alrededor de la Tierra.

Al mismo tiempo, su velocidad casi se había redoblado, hasta alcanzar la velocidad de rotación de nuestro querido planeta, y será esta la razón por la que siempre tengo debajo de mis ojos el mismo continente: el más amado...

II

30 de marzo

Y bien, ya he narrado esta historia. ¿Por qué, vuelvo a repetir, y a quién? Si incluso un día cayéramos en la Tierra, ella y yo, ¿quién podría encontrar vestigios de nosotros o de este manuscrito? ¿Acaso no quedaríamos tal vez deshechos y, antes de llegar, no nos desintegraríamos en infinitas partículas? ¿Quizás he engañado la angustia, el terror, el remordimiento, el aburrimiento, el frío gélido, el vacío de dentro y de fuera, en fin, la desesperación? Ni por asomo. Sin embargo, he pasado casi una semana de esta eternidad que es mi vida. Más bien poco, para la eternidad. Pero le he tomado el gusto y quiero seguir: ¿quizás aunque siga eternamente tampoco pase la eternidad...? Por otra parte, ¿qué más me queda para decir?

Retomemos de todos modos la situación.

"Te escribo desde la celdilla de miel de una esfera lanzada al espacio...". Pues, sí: justamente así. Sólo que no sé qué entendía el poeta por celdilla de miel, pero es cierto que yo al menos debería cambiar la eme por una hache. Ya han transcurrido meses (milenios)

desde la muerte, desde el asesinato de Filano. Estoy solo aquí dentro, estoy solo y sin esperanzas, casi como antes de comenzar este loco vuelo; y sin embargo peor que al inicio, como tal vez iré diciendo. Solo, solo conmigo mismo y en mí mismo, en el vientre de esta ya odiada y burlona enemiga, cuyo curso no podré modificar, ni tener la menor esperanza al respecto.

¡Cuántos intentos he hecho desde entonces para arrancarla de su obstinada decisión, para ir reconduciéndola poco a poco hacia la Tierra, para llevarla tal vez a posarse en la Luna, en fin, para que este inmutable proceder, este girar sin salida, cese! Y todo en vano. Ya he dicho que no sabía nada de ella ni de sus órganos; y cuando me quedé solo me entregué de lleno a tratar de entender algo, sin resultados. Metódica y sistemáticamente, con dolorosa paciencia cada día renovada, por larguísimo tiempo toqué, acaricié, probé, moví cada interruptor, cada palanca, cada botón, experimentando las más variadas combinaciones, de los más diversos modos, coordinando o subordinando los movimientos. Y nada: no ha querido volver a su rumbo original de ninguna manera. Todo cuanto obtuve de ella fueron feroces y amenazantes quejidos, estertores, aullidos, reventones, bamboleos, desequilibrios; y entonces he debido desistir, ya que insistir habría significado arrancarla de su estabilidad, cualquiera que esta sea, y de todo

curso posible, para precipitarla, precipitarnos inevitablemente en el más vano abismo. Y todo cuanto sé hacer es alimentarla para su fuga inútil y sin fin. Sin embargo, recuerdo muy bien que él, que Filano entonces no hizo más que girar un interruptor y mover una palanca; al haber vuelto a girar yo ese interruptor y reubicado la palanca, ¿no debió cada cosa volver a su lugar? Lo mismo da, y hace tiempo renuncié a mis intentos, me resigné, si es que tal expresión tiene aquí algún sentido. De la radio no hablo: esforzándome por penetrar en su funcionamiento, la rompí de entrada. Además, ¿qué podría haber esperado de una comunicación con mis semejantes?

Y pensar que todo lo necesario para ponerme a salvo está aquí, aquí dentro y al alcance de la mano, pero es como si no estuviera, no sé sacarle provecho.

Las provisiones eran para dos o tres años, pero si fuéramos dos. Por el contrario, estoy solo, y por otra parte ya casi no como, es decir, no ingiero píldoras. Por lo que tal vez alcancen para siempre, para toda mi vida sin final.

Solo y sin esperanzas. Mas ¿cómo se puede vivir así sin nada, sin siquiera una lejana esperanza? Es cierto y, en realidad, una cosa sí espero: espero el coraje para morir.

¿No era yo aquel cuyo supremo voto era dejar el mundo? ¿Aquel a quien cualquier cosa le parecía preferible a vivir en él? No obstante, extraño es decirlo,

desde que lo he dejado, desde aquella otra época, de veras ya no lo aborrezco, sino que más bien... Pero ¿por qué he escrito *extraño es decirlo*? ¿Qué puede haber de extraño en reconocer el bien después de haberlo perdido, o reconocer, en lo que se creía el peor de todos los males, el mal menor, precisamente cuando se ha pasado de un estado abyecto a otro más abyecto aún? Antes bien, este hecho debería parecer natural. Y quizá lo sea, pero no es mi caso. No se trata, para ser sincero, de que añore el mundo o lo desee al menos como el mal meñor; no lo añoro ni lo deseo en absoluto. Pero sí amo la vida misma, que antes ni siquiera había sido capaz de considerar tolerable; sí, la amo, quizá comencé a amarla (ya sea esta una ley del corazón o un gesto anárquico y personal) cuando mi propia vida comenzaba a volverse desesperada, y cuanto más desesperada se hacía, tanto más la amaba. Así que ahora la amo por sobre todas las cosas. Entonces, si digo que quiero morir, interpreto que quiero querer.

¿Qué hay de contradictorio en esto? ¿No se puede, por ejemplo, amar con locura a una mujer y, al mismo tiempo, reconocer que es imposible toda o cualquier relación con ella, aunque sea sólo una relación con uno mismo, que no la involucre? ¿Y qué se hace entonces, se la odia tal vez? Al contrario, se desea no amarla, que es el modo más apasionado de amar, y sin embargo la relación continúa siendo

imposible, literalmente imposible; pero tal vez esto es justo lo que nos gusta, y tal vez la amamos a ella misma en virtud de esta condición. A fin de cuentas, ¿no se ama también lo que se rechaza, o no se rechaza lo que se ama?

¿Y por qué entonces, de nuevo, he hablado antes de coraje? Y bien, quiero decirlo todo hasta el final (¡sólo me faltaría mentirme a mí mismo, siendo que mi lector es imaginario!): también tengo miedo. Bah, miedo físico de la muerte, pero miedo asimismo del después. Y, de hecho, si de un mal extremo he caído en otro más extremo, ¿no es igualmente probable que de este caiga en uno más extremo aún? Ya que es bastante notorio que la dirección de todo este asunto está indicada con claridad: esto es, que a lo largo del tiempo no me vengo moviendo, digo, considerando mi vida entera desde su comienzo, hacia el bien o, al menos, hacia un alivio de la pena, sino decididamente hacia lo malo e incluso hacia lo peor. Para ser más exacto, si me encontraba en una vida imposible, ahora me encuentro, en este estado intermedio entre la vida y la muerte que es mi estado actual, en otra aún más imposible; y si me tiene sin cuidado... Poco importa, y nada resolvería, que me dispusiera a amar con tanto más amor el tercer estado, el imposibilísimo.

6 de abril

¡Morir! ¿Cómo se muere? Hoy me desperté de mi breve sueño con la siguiente frase en los labios, cuyo sentido, por otra parte, se me escapa:

Se nace y se muere de la misma matriz.

¿Qué puede significar? ¿Apunta tal vez al ciego sufrimiento del morir, o a una identidad oculta entre estos dos supremos acontecimientos? Imagino que signifique sobre todo que para morir es necesario encontrar el modo, el pasadizo, sin duda; como en el fondo es necesario para hacer cualquier otra cosa (¿pero la muerte es un hacer o un padecer? Dios mío, según sea el caso). ¡Bella explicación, de cualquier modo...! ¡Oh, qué gran confusión tengo en la cabeza! Ya no entiendo nada acerca de mí ni acerca del... por cierto no puedo decir del mundo: de mí y de todo lo demás.

Y ayer me desperté con esta otra frase:

Si del sueño salimos tan reparados, ¿con cuántas y con qué renovadas fuerzas no saldremos de la muerte?

¿O esta, qué significa? ¿Qué relación guarda con la anterior? ¡Qué sé yo! Sin embargo, sólo para intentar dominar mi confusión mental, así, por frío ejercicio (pero no es verdad: por otra razón, sí, porque estas querrían ser palabras de esperanza), he elucubrado y conjeturado por largo tiempo, ignoro si sobre dichas frases, o al margen o independientemente de ellas.

Si del sueño salimos... etcétera. El concepto y la similitud no son por cierto peregrinos, pero al forzar más allá esta última, puede llegarse a datos que, diría, son de orden científico. Cuando, en otros términos, se afirma que el sueño prefigura la muerte o, al contrario, como en todas las doctrinas religiosas, que la muerte no es otra cosa que un sueño, tal imagen tiene sólo un valor poético, representativo, es decir, se refiere sólo a la esfera más exclusiva, a la actividad más opinable y menos definible, del hombre. En cambio, si se la transfiriera al campo mismo de la fisiología, como es natural según la amplia idea que de esta ciencia se han formado el filósofo y el poeta; si, en suma, se considera la muerte no ya en sentido figurado sino en el propio, como el reposo nocturno tras la jornada en la Tierra, inducido por el cansancio, hecho necesario por la propia necesidad de restablecer en una sola nuestras energías físicas y espirituales; estos son aproximadamente los resultados que pueden obtenerse:

Si calculamos en setenta años, es decir, unos veinticinco mil días en números redondos, la duración media de la vida humana, se tendría, por aquello que mejor amerite tal nombre, un valor de un millón setecientos cincuenta mil años. ¿Pero esta misma vida millonenaria no debería considerarse como un día de una vida más vasta? Y esta vida debería valorarse en cuarenta y tres mil setecientos cincuenta millones

de años. Y así, si no hasta el infinito, al menos hasta lo indefinido. De manera recíproca (dado que la simetría, dimensión en realidad del todo arbitraria, parece ser la necesidad primera y casi el punto de honor de nuestras hipótesis), podría contarse, por el camino inverso, en nuestras veinticuatro horas un número indefinido de muertes, precedidas a su vez de vidas contraídas en el tiempo pero no por eso menos completas, o de ciclos de vidas uno dentro del otro; muertes o sueños, esos reposos, esos abandonos prolongados o breves de la conciencia de los que obtienen fuerza para vivir nuestro espíritu, como he dicho, y nuestro cuerpo. Sería pues bello imaginar que de principio a fin –me refiero a estas pequeñas jornadas o días y a estas eras, a todas estas unidades personales del hombre– cada una le hará dar un paso adelante en la vía hacia una perfección superior y que a ella todas concurrirán, componiendo de ese modo su vida perfecta, relevante y moralmente apreciable, sólo cuando se haya completado...

Y *patatín patatán*, ¿para qué continuar? ¡Al diablo con esta perorata! Hermoso pasatiempo, doy fe, la anterior especulación, que ha terminado por confundirme la cabeza, consuelo tal vez para los otros, para los de allí debajo, ¡pero no para mí, sin duda! En esencia, de ella se concluye que la vida humana es prácticamente eterna, que cuando se muere en realidad se hace todo lo contrario que morir, etcétera, etcétera. Ah, por Dios,

de veras que no está mal como resultado. Todo lo que puedo deducir de ello es, si se quiere, que la muerte, o sea, el traspaso mismo, no es doloroso; poco. Ya, porque me he entregado a estas meditaciones con un propósito preciso: hacer que se me pase el terror, no tanto de la muerte en sí, como ya antes lo advertí, sino del *post mortem*. ¡Y en cambio! Estará bien, por ejemplo, que toda esa eterna vida concurra en la perfección y sea incluso superior, pero ¿perfección en qué? Ese es el punto. Yo, en verdad, no puedo no pensar que, en lo que a mí concierne, alcanzaría, alcanzaré al fin de los tiempos la perfección, sí, pero será perfección en el dolor, en la angustia, en el tedio.

Allí debajo, sobre mi continente natal, cae la noche. Allí debajo hay noche, la que hace meses no experimento. También hay atardecer, con sus gradaciones, con sus delicados y ricos pasajes, con sus miles de colores difuminándose uno en el otro; y no sólo este blanco y este negro, los dos colores del horror. Y hay una brisa tibia que reaviva la hierba y las flores del campo, las copas de los árboles, que encrespa la superficie del agua. Hay animales que toman el camino hacia la cálida guarida o el nido, hay... Hay también uno, un hombre como tantos (¡mi semejante!), que se dirige a su casa, después de un día de trabajo, y en su casa lo esperan su compañera, sus hijos y, ¿por qué no?, la conocida sopa humeante sobre la mesa... Y hay, hay... ¡cuántas cosas hay! Eh,

eh, ¿pero antes no había jurado y perjurado que no añoraba el mundo en absoluto? Y justamente por tener que añorarlo, ¿debería añorar las cosas que más despreciaba? Los hombres pueden ser amigos entre ellos, se reúnen en familia, en sociedad; los hombres confraternizan, se casan, tienen hijos: he aquí lo que antes me daba más rabia y náuseas, lo que más me negaba a admitir y a hacer.

7 de abril

Releo las últimas palabras escritas ayer. Pero no, esta vida y aquella son la misma en realidad. O al menos, mi vida siempre ha sido esta. Estaba alejado del mundo, pero no del todo; con esfuerzo me había elevado, pero me hallaba a medio camino entre el punto de partida y la meta; y allí había comenzado a girar, a ronzar sin fin y sin propósito, todavía atraído por el mundo que había dejado, con aquel otro mundo, próximo pero inalcanzable, en mi cielo... Y nuestros actos que nos siguen...

Por lo demás ni siquiera es así. Debido a no sé qué destino, estaba excluido del mundo, de todas sus cosas simples y naturales; a dos pasos de mí mis hermanos (sólo en Cristo) combatían y morían, lo cual a mí me era oscuramente negado. Yo, si es que también tenía algo, no tenía aquello que todos los otros hombres

tenían. Por lo tanto, por fuerza debía asumir esa actitud, por fuerza debía alejarme del mundo y desdeñarlo, sea porque no me daba nada, sea por orgullo, como la zorra con las uvas. Siempre quise morir, o quise querer morir, por desesperación, no por vocación o elección. De modo que no es que no amara a mis semejantes, sino que la mayoría de las veces lo eran sólo de nombre...

Bien, se entiende que si viviese todavía y si, como consecuencia, tuviera lectores, críticos y preocupaciones literarias, nunca habría escrito todo lo anterior. Sé por experiencia propia que ciertas relaciones conviene insinuarlas casi de forma subrepticia en el ánimo del lector; no se le pueden poner así de lleno debajo de las narices, eso va en contra de todas las reglas de la literatura moderna. De hecho, los críticos, a quienes les incumbe la alta función –que cumplen verdadera y egregiamente– de formar a los autores; los críticos no entienden cómo decir nada, mas si por casualidad llegan a entender algo, ahí están de pronto haciendo un escándalo, que si tal pasaje es demasiado obvio, tal comparación, demasiado inmediata, o tal imagen, un lugar común. De lo que es fácil concluir que ni siquiera lo poco que comprenden lo querrían comprender, que consideran ofensivos e indecentes similares intentos de sorprender su mala fe y que, en fin, su verdadera pasión y la necesidad última de su ánimo es no entender nada.

9 de abril

Y siempre el mismo espectáculo, el mismo rumbo, el mismo recorrido por más largo que sea, los mismos pocos eventos celestes; y así, lo repito, sin fin y sin meta. ¡Las maravillas del cielo! Las maravillas del cielo son esta oscuridad, incluso ella misma sin fondo, en la cual están fijadas, tan escasas, una tan lejos de la otra como las islas del Pacífico, incluso bastante más, tierras minúsculas frente a un vacío tan grande. Maravillas de las tierras, en todo caso, digo, de las maravillas no se puede no hablar: sólo en torno a las tierras se asienta, se precipita la vida, y apenas a un palmo de ellas todo es muerte y tinieblas.

El gran sol amarillo incrustado en la oscuridad, las estrellas amarillas que no palpitan; las fases de la Luna, las de la Tierra, novilunio, noviterra, luna llena, tierra llena... ¿y después? Aquí nunca sucede nada. ¿Y ustedes, los de allí debajo, dicen que conocen la angustia, la soledad, EL TEDIO?

En cualquier caso estos fueron los únicos acontecimientos ocurridos después de la muerte del aquí Filano. En una ocasión vi pasar sobre el gran rostro de la Luna una especie de velo verdoso, muy tenue, casi un vapor. Pensé que había sido una nube diáfana; sí, exacto, una nube, en contradicción con lo que piensan de la Luna los grandes sabios de allí debajo. ¿Ilusión o realidad? ¿Acaso el aquí Filano había te-

nido razón? En otras tres ocasiones vi surgir de lo profundo de esta noche un puntito luminoso que se acercó, volvió a alejarse y desapareció. Uno de estos pequeños cuerpos celestes, que no pude identificar de ninguna otra manera, se acercó lo suficiente como para permitirme ver algo de su constitución: era una enorme roca desolada de forma irregular, con vetas ferrosas, árida, sepulcral, también lanzada a vagar sin propósito en la inmensidad.

¡Si al menos una de esas etéreas piedras me embistiera! Pero sí, tengo tantas probabilidades de ser complacido como las que tendría quien arrojara al azar un grano de mijo desde un balcón abierto, de acertarle a un triste hilo de telaraña tendido entre dos columnas. Me olvidaba: algunas veces también veo, sobre la Tierra o cerca de ella, cómo se encienden pequeñas llamas como de fósforos al rojo vivo. Y eso es todo.

¡Y este eterno silencio! No obstante, repito una vez más: en el fondo, esto es lo mismo que aquello. Estoy casi contento de no haber ido a Singapur, como quería hacer en mi juventud: ¿qué habría podido encontrar allí que fuera *diferente*?

Filano, querido Filano que me miras, querido asesinado, encuentra el modo de llevarme contigo; también yo comienzo a necesitar aire. Avanzaremos uno junto al otro por la eternidad, siguiendo a esta, nuestra verdugo.

Pero ¿por qué habrá cambiado ella de ruta, o abandonado toda ruta? Siempre pienso en eso: no puede haber sido un vulgar accidente, una casualidad. No, aquí hay premeditación, como en todo lo que ella hace. Y me parece casi que lo entiendo, con horror: ha enloquecido con su padre putativo. Sólo que la suya es otra clase de locura: obstinada, monótona, sin arranques.

Por lo demás, ¡qué confusión tengo en la cabeza!

11 de abril

Decía, en mis escasos momentos de sinceridad:

Amo la vida más que a cada uno de sus máximos dones y más que a todos ellos juntos, ¡más que el honor, que la gloria, que el poder, que el genio creador, que la bondad, que el oro, que la libertad, que la luz, que el vino, que el juego! (Pero ahora advierto: ¿por qué en esta *enumeratio* no se mencionaban el amor y las mujeres? Hay una razón). Príveseme de todo esto, como se me ha privado, y de todo lo demás que la hace divinamente bella; ciéguense mis ojos, mutílense los miembros de mi cuerpo, concédaseme apenas respirar acurrucado en la penumbra, oyendo por siempre a la entrada de mi guarida los pasos de un enemigo mortal; pero que me sea dada la vida, y, sin protestar, sino por el contrario, con gratitud, aceptaré el legado.

Peste, lepra, cólera, vergüenza no me asustan: ¡con tal que no me quiten la vida! Si tuviera que mendigarle mi vida al más vil y abyecto enemigo por el precio de la más abyecta vileza, con una sonrisa hincaría las rodillas en el barro con la cabeza ante él, aunque fuera el último hombre sobre la Tierra.

¿Es verdad esto? Sí y no. Porque, en cualquier caso, entonces yo hablaba de la vida, no de esta media muerte, de esto que, sin embargo, no es vida. Pero veamos, ¿qué le falta a esto después de todo para ser vida? Digo, un hombre condenado a que su existencia entera transcurra en una dura cárcel, pongamos, la Máscara de Hierro, ¿sería infeliz como yo? No lo sé, pero creo que no. No, puesto que él viviría todavía en la Tierra, rodeado por sus semejantes si bien separado de ellos, e incluso en tal situación podría encontrar la paz del corazón; sí, incluso en esa desgraciadísima situación. Oh, he aquí el punto: la paz del corazón. ¿Por qué maldito, por qué diabólico motivo no puedo encontrarla? Y... tal vez precisamente por un motivo diabólico. ¿No podría, por ejemplo, resignarme a mi estado, cualquiera que este sea, y trabajar y esperar sereno la muerte, la muerte por causas naturales? Mi trabajo podría ser literario, y como siempre lo he soñado: un continuo, tranquilo y coherente trabajo en absoluta tranquilidad. ¿Dónde, entonces, encontraría una ocasión mejor? Tengo abundantes recuerdos, y aquí

dentro sin duda podría emplear un tiempo flaubertiano escribiendo mis obras. Si después estas fueran destruidas, si no tuvieran lectores, ¿qué importa? Un grande ya puso en claro que una obra de arte no necesita de una historia, ¿y no solía decir yo, con más o menos acierto, que la literatura comienza donde termina la literatura? ¿Dónde, repito, una ocasión mejor? De esta segunda literatura aquí dentro no se hablaría, por Dios... ¡Pero sí, trabajar! ¿Y cómo se puede trabajar tan desarraigado? Dios mío, ¿sería entonces cierto que la paz del corazón sólo puede hallarse en el mundo y entre los propios semejantes? Sin embargo, insisto: ¿acaso era mi culpa ser como era? Está bien dicho hallarse entre los propios semejantes, pero ¿si uno no tiene semejantes? Pero todos, dice, tienen semejantes. De cualquier manera, ahora es manifiestamente inútil divagar sobre este problema... ¿O habré errado del todo desde el comienzo? Sin duda, ni aquí ni allá se puede vivir con aquel con quien vivía y vivo: ¿no habría debido, no deberé por ventura darle otro giro, otro sentido a mi vida? ¿No hay algo que pueda iluminar esa vida, esta, la muerte y todo lo demás? Tendería a creer que sí, y bastaría con nombrarlo, bastaría con que encontrara la palabra para designarlo, pero no la encuentro. ¿O acaso no quiero pronunciarla, o algo me impide pronunciarla, algo tal vez cercano al orgullo, a un orgullo radical, ciego, quizás inconsciente? ¿No será

sencillamente que no quiero darme por vencido...? Y, por otra parte, ¿vencido por qué, por quién...? De este modo, casi la pronuncio, esa palabra.

Además, debo dejarme de tanta perorata, aunque sólo sea conmigo mismo. Debo dejar sobre todo de pedirme explicaciones: la confusión que tengo en la cabeza aumenta y aumenta, no hay nada más que entender. He dicho que tengo recuerdos: los tenía, pero he perdido la memoria de todo.

Aumenta. Exacto, no quería decírmelo ni siquiera a mí mismo, he tardado hasta ahora en decirlo, pero ahora estoy obligado. Yo... ¿no es cómico todo lo que he estado escribiendo hoy? Sí, debe de ser cómico porque, al mirarme en el espejo de acero de la pared opuesta, veo que río. Río convulsamente, sin emitir sonido. Río echando hacia atrás la cabeza, con los puños en las sienes... Río como el aquí Filano aquellas otras veces. ¡Señor, ayúdame! (Así la he pronunciado del todo).

15 de abril

De veras que me parece estar siguiendo el camino de Filano. Hablo solo, me río de la misma manera, me agito con furia en el camarote, y así todo lo demás. Pronto terminaré como él. ¡Pero no quiero morir maldito! ¿Y dónde, allí? No quiero quedarme sin tumba.

Quiero que una mano piadosa acomode mis despojos en el ataúd, que mi sepulcro sea adornado con flores recogidas por la memoria, por el afecto... Y una vez más deseo justo lo que más despreciaba.

Ataúd, sepulcro, flores, afectos: cosas de otro mundo, del mundo. No corras tanto con la fantasía: aquella, o esta, es tu tumba; aquel, tu eterno compañero. ("Una señal mi destino me ha dado / que solitario prosiga, y sin / herederos, cuando la hora esté por llegar, / sin una mano en la mía, moriré").

Pero, si se piensa bien, ¿existen de veras estas cosas que veo, que me rodean? ¿No serán Filano y toda esta historia y la Cancroregina misma sólo producto de mi imaginación un tanto enferma? ¿No despertaré entre brazos amigos, acaso en la cama con mi mujer?

¡Oh, cómo me duele mi pobre cabeza, aquí detrás!

Y ella que no quiere abandonar a su presa. Me envenena, me ahoga con los gases de su intestino o, de manera más clásica, con los vapores de sus hipocondrios.

17 de abril

Cómo hará para vivir aquel pequeño empleado que veo allí debajo entre el paralelo cuarenta y uno y el paralelo cuarenta y dos, no lo entiendo; un empleaducho con anteojos y el cabello engominado (pero ¿no es una extrañeza hoy en día?). Se apura

de camino a la oficina después de haber almorzado con su querida familia; regresará a casa por la tarde; demasiado cansado para hacer o pensar en algo: cenará, se irá a la cama con su mujer, con quien sin embargo hace el amor sólo una vez a la semana; y a la mañana siguiente todo recomenzará. Sus chirolas no le alcanzan siquiera para renovar el guardarropa: tiene las asentaderas y los codos lustrosos por el roce. Tiene el aliento acre y entre los dientes siempre algún trocito de carne pasada. ¿Y además? ¿Qué más hay en su vida? Nada. ¿Cómo se puede vivir así?

En otras palabras, no lo entendía. Ahora lo envidio.

No es, ahora lo entiendo con claridad, que ella se haya enloquecido con su padre, no es, digo, el padre quien la hizo enloquecer, es ella quien volvió loco al padre, quien hace enloquecer a todos. Así, a veces una mujer le da el pecho a un sirenio, que la mira con ojos envenenados, o ni más ni menos a una serpiente, o concibe a un hijo que le come las entrañas. Esto último tal vez no le ha sucedido jamás a una mujer, pero a cualquier otro animal, sí, y es lo mismo.

27 de abril

Dios, te agradezco, finalmente el profundo silencio se ha roto. Yo escuchaba, escuchaba una voz, y

no lograba comprender qué decía ni de dónde venía; por fin me di cuenta de que era Filano quien hablaba. El pobrecito de allí afuera hacía grandes gestos y parecía aullar para hacerse entender, pero como se sabe, con este grueso cristal de más de medio metro de espesor... Y pegando bien la oreja contra el cristal, por último llegué a oír sus palabras. Pocas palabras, sólo dijo: soy feliz, te perdono; y se quedó en su posición habitual. Bah, menos mal.

Sin embargo, hay otra cosa: en realidad no era una sola voz la que hablaba. ¿Y eso qué significa? Se ve que había alguien más. Quizás era la misma Cancroregina, que quizá sea ventrílocua.

1º de mayo

Hoy es la fiesta de los trabajadores en casi todos los países de mi continente natal. De hecho, ahí van, por las calles de Milán, un gran número que avanza en un desfile, con carteles, estandartes, banderas, pancartas, insignias y, en suma, todo el aparato habitual, también hay cantos. Y bien, ¿qué me importan a mí los trabajadores? Para decirlo de manera más simple, me importan o al menos me importaban sobremanera, y para nada digo que no hagan bien en movilizarse o que no tengan razón, pero no hay nada que me fastidie y me agote tanto como las manifestaciones,

los cantos, los cartelones y las banderas; desfiles de gente organizada, además. No conozco, vuelvo a decirlo, nada más sórdido y más tedioso. Y como yo hay tantos, todos aquellos que tienen intelecto y corazón. ¿No es posible que se las arreglen sin los carteles y las banderas? Por otro lado, que al menos se hagan cambiar el nombre, los trabajadores, si quieren convalidar su causa entre los mejores. Porque, ¿qué puede conseguirse en realidad con denominaciones como masas trabajadoras, cámara del trabajo, confederación del trabajo o con aquella otra, parecida al ruido de un vientre diarreico, de proletario, con su relativo proletariado, etcétera? Y que les hagan cambiar el nombre a sus dirigentes (otra bella y, para quien es dirigido, honorable palabra). ¿Se ha escuchado alguna vez que siquiera uno de ellos tuviera un nombre con alguna luz espiritual o con algún destino? Cuando comenzó la última de estas guerras y pusieron como jefe de las fuerzas francesas a un tal Gamelin, rápidamente les dije a los amigos (¿a qué amigos?): Francia ha perdido. Profecía fácil, a decir verdad; puesto que de entrada se ve si un nombre, no digo un hombre, está destinado a algo grande y noble: con todo respeto a sus cualidades que sin duda son altas, ¿imaginan a un Gamelin trayendo una gran victoria al panteón de la patria? Ahora, miren sus nombres: ¿puede imaginarse alguno más lúgubre y más sordo? ¿Existe la más remota esperanza de que sus conductores sean

gente superior, de mente generosa, liberal y de espíritu distinguido? Y sin espíritu, en efecto, no se resuelven siquiera los problemas de la panza, que tanto parecen apasionar a estos personajes. ¿Y por qué los trabajadores creen en estos nombres? Para volver después a las denominaciones basadas en "trabajo": ¿por qué vuelven a referirse entre todas a esta maldición, abyección, vergüenza humana? ¿Hay uno solo de los trabajadores, pregunto, que en el fondo del corazón no esté convencido de que el trabajo envilece al hombre? (Es curioso que este último haya pretendido atribuirle la sangre azul sólo a un par de funciones naturales. En todo caso, el trabajo es una función natural únicamente en la mejor de las hipótesis). Diablos, un solo gran hombre se ocupó tal vez de la partida, y este se apresuró en hacerse llamar Lenin, que es como decir *el perezoso*. ¿Y por qué, también, esas desagradables siglas que a los menos vulgares les impiden, sólo por náusea física, la lectura de los periódicos? ¡¿Quién inventó esas siglas?!, que son la tumba de las palabras y en consecuencia de la... ¡Justo!, ¿por qué, en general, obsesionarse en proscribir de esta vida, de esta pobre vida, a la poesía, que, nada menos, es la única que puede ayudar incluso a los trabajadores? En ella, no en la organización o en la técnica, que solamente les sirven a los agitadores, está la salvación.

Pero sobre todo ¿por qué esta filípica? Eh, esta será, si se quiere, una justificación. Es verdad que al

hombre no se lo motiva ni se lo ayuda a estar entre sus semejantes y a ocuparse de ellos, antes bien se hace todo lo posible para que estos le resulten repugnantes. Es, lo repito, a nuestra, a su parte divina, a la divina fantasía a la que hay que hablarle. Y esa parte la tiene incluso uno de esos bichos raros con sombrero de copa, un solitario, una gruesa cadena por encima del abdomen, de esos que se ven en ciertos diarios.

Se entiende de todos modos que si aún estuviese vivo, no habría escrito todo lo anterior, quién sabe de qué modo lo habrían entendido. Unos habrían dicho: ¿con qué derecho se da aires de superior... etcétera? Los otros, admitiendo que yo tuviera el derecho etcétera: Zutano (y allí debajo mi reverenciado y desconocido nombre) afirma que... con la acostumbrada interpretación *ad usum Delphini*. Estos, en efecto, habrían hecho lo que fuera para apartarme de ellos. Calma, amigos. Hablo de los trabajadores porque a ellos va mi afecto, tan profundo que me siento traicionado por ellos. De aquellos otros me resultaría difícil hablar, por la buena razón de que, a pesar de ser tan peligrosos, no existen.

¿Pero para qué y para quién son estas explicaciones? En resumen, decidámonos: ¿estoy vivo o muerto? Como sea y de nuevo, ¿qué tengo que ver yo con los de allí debajo? Por desgracia, no tengo absolutamente nada que ver. ¡Oh!, quisiera ser un trabajador; peor: un dirigente; peor aún: un cura o un Papa; al menos si...

5 de mayo

Muerte de Napoleón Bonaparte. Bien, ¿es este un nombre verdadero o no? ¿Y yo qué sé? Yo no quería hablar de Napoleón Bonaparte. Por el contrario, quería decir:

Dios, una vez más te agradezco: ahora tengo incluso compañía.

Me salieron de la boca, de la nariz, de las orejas, del ombligo y del ano; incluso algunos, pero mucho más pequeños, de los ojos y del pene. La mayoría son negros y lustrosos; lástima que apestan; los que probé saben a hormiga, a hierro y a pecho de mujer. Ahora, de cualquier forma, están aquí y con los más grandes hasta puedo conversar. Al más inteligente, o al que así me pareció, le leí incluso algunos pasajes de este escrito, los cuales aprobó. Sin embargo, parecen inmortales, y eso me preocupa muchísimo. Como ayer me enfurecí un poco, por cierta razón, los lancé contra las paredes y también contra el suelo (no así al más inteligente, que me sirve de oyente general); entonces, para evitar que contaminaran el aire, me los comí. Y ellos, ¿saben que hicieron? Al cabo de unos pocos minutos, volvían a salir por los mismos agujeros, tan vivaces y frescos como botones de botín.

Hablo, hablo; hablamos, hablamos.

7 de mayo

Esto es polvo, justamente polvo, y no puede ser otra cosa que polvo del planeta patrio; una minúscula parte de la Tierra que llevo conmigo. Pero este otro polvo que tengo en la cabeza, este es de aquí. Polvo y telas de araña en el cerebro, como cuando uno se despierta de un mal sueño, pero mucho, mucho más fuerte. Y ardores que me devoran, lacerantes, y desgarramientos.

Señor, señor Dios que has muerto en la cruz, ¡sálvame! Sálvame de este mal, de estas angustias; de esta soledad. No había lugar para mí en la Tierra y tampoco hay lugar aquí. Yo no sé rogarte; también ahora mis palabras resultan fútiles y trilladas, literarias. Y sin embargo, ¿qué te importa? Hablo como soy y tú ves en mi interior. Escucha: "*Nous sommes nombreux, nombreux, nombreux: / n'en demandons pas plus pour être heureux. / Une petite maison de campagne au bord de la mer, / ou en proximité d'un petit ruisseau clair...*", son las humildes palabras de una canción, y, junto a los amigos, a la compañera de mi vida, a mis hijos; en paz contigo, con tu ley, que es la ley de nuestro corazón... He aquí lo que debería haber querido sentir y tener, lo que debería haber querido cantar en agradecimiento, así es como yo habría querido que fuera mi plegaria. De eso tú eres mi testigo, si dije que no era semejante a ninguno, no quería decir que fuera superior

a nadie. Pero tampoco al último gusano de la tierra. Este, en realidad, al menos puede tener hijos, que le comen las diminutas vísceras. Pero yo no. Hijos, por tercera vez. ¿Cómo se hace para hacerlos...? ¡Qué seas bendecido por todo aquello que no me has dado!

Señor, ten piedad de tu pobre hijo, ¡deja caer una lágrima, lágrima de celeste rocío, sobre su cabeza en llamas! ¡Haz descender la paz sobre su alma perturbada, sobre sus miembros convulsos!

¡¿Oh, pero Gógol no dijo ya algo parecido?! ¿Y con eso? ¿No son sus palabras las más propicias para hablar contigo?

O llámame a tu lado. O empújame al menos hacia los brillantes pagos de la Luna: tal vez entre sus suaves habitantes encuentre paz y felicidad, si es que ambas no son la misma.

12 de mayo

Los exterminé a todos con un sistema ingenioso: comenzaban a ponerme nervioso y también a incomodarme demasiado, porque se multiplicaban (benditos sean) sin fin. El sistema, sin embargo, sería largo de explicar: además, para ser sincero, tampoco lo recuerdo, si bien recuerdo que era ingeniosísimo. En sustancia, el principio general era este: dado que ellos eran inmortales, para matarlos debía sorprenderlos,

es decir, no darles el tiempo de no morir. Y eso fue lo que conseguí. Luego de haberlos matado, de ningún modo me los comí, por temor a que mis jugos internos los hicieran revivir, por el contrario (puesto que no estoy tan loco como para volver a abrir la escotilla), amasando a los más grandes como se hace con la pasta para los ñoquis, o sea, alargándolos como gusanos, los introduje uno por uno en el tubo del anhídrido carbónico, desde donde fueron expulsados al exterior a medida que la presión del gas forzaba el opérculo. ¡Qué caras largas, es apropiado decirlo, y secas, hacían incluso una vez muertos!

El único inconveniente es que también ellos comenzaron a seguirnos: se dispusieron casi en semicírculo, unos a la derecha, otros a la izquierda de Filano, algunos detrás, pisándonos los talones. Este rebaño negro me da un poco de fastidio, pero en resumidas cuentas he detenido su invasión.

Ahora, sin embargo, tengo a estos otros, o a estas otras, entre los pies. No sé, no veo nada y cada tanto me ocurre que toco en el aire ciertas formas gruesas, algunas veces muy gruesas, intolerables e imposibles, creo, de tragar, parecidas a pechos o caderas de mujer, pero peludas aunque lisas y agradables al tacto. Si intento rodear con los brazos toda la forma, esta huye de mí. Vaya a saber qué son y qué quieren de mí; pero sin duda debo inventar otro sistema cualquiera para liberarme, como sea, también de ellas.

Un extraño incidente sacudió el *montebianco* (así lo llamo bromeando). Un vespertilio, no un murciélago, sino precisamente un gran vespertilio entró, en realidad no puedo entender de dónde, y se puso a revolotear. ¿Entró tal vez aquí adentro y revoloteó por el camarote? No, señor: justo entre las paredes de mi bóveda craneal. Y primero permaneció atrapado entre firmes telarañas, luego, tras haberlas roto a fuerza de tanto agitarse, obstinadamente, contra mi frente como los moscones contra los vidrios: había entrado de alguna parte, y ahora ya no sabía cómo salir. Se entiende que estornudando cada vez más fuerte lo arrojé fuera, lo agarré con firmeza y lo aplasté con la mano y con la ayuda de una cabilla de hierro; lo plegué en ocho, lo estiré un poco y lo introduje en el consabido tubo de culhídrido carbónico, adonde fue a parar con los otros. Muchachos, la compañía se engrosa.

Cancroregina se vuelve cada vez más despótica, severa y ácida. Ahora parece pretender que me esté quieto y callado: ¡puede esperar un poquito! Su voz nasal, maloliente y color caldo provoca mi antipatía mucho más de cuanto yo pueda expresarlo. La guerra entre nosotros dos ya está declarada, veremos quién vencerá.

Comido sesquipedal y trapa propósito combatir sandía.

13 de mayo

Los habitantes de la Luna, a los que ya puedo ver con claridad, son tal cual siempre lo sostuve, por suprema adivinación, en cualquiera de mis obras. El tercer pie es como de marfil en los hombres angevinos, como de madreperla en las mujeres de Luco. Lo que más sorprende es la extraordinaria serenidad de sus cabellos. De la buena salpingidad de las miradas y de las frentes ni siquiera hablo.

He aquí por qué tengo tanta esperanza de que...

17 de mayo

Era inaudita la cantidad de objetos disparatados (y desesperados) que de alguna forma se había introducido aquí dentro en los últimos días. ¡Qué defenestración la del duque de Atenas, qué desoperculación de Praga siguió por mi parte! Me precipité rugiéndoles a todos y a cada uno, y al cabo de cuarenta y ocho horas había dado cuenta de ellos. Qué fatiga, pero así lo quise, porque algunos de esos objetos, nunca vistos y de uso desconocido, no se dejaban estirar. De cualquier modo, detrás de nosotros, dos enemigos mortales, vuela ya una inmensa y tumultuosa (con respecto a su posición) multitud de objetos y personajes muertos; casi me parece que

son todo lo que había en el mundo, con infinitos ojos bocas cejas, y miembros de hierro.

Comido montón (nº 12) pelotas goma, martilléanme cerebelo su incesante brincar.

Para liberarme de las criaturas redondas y peludas hice así: listo con mi cabilla, tan pronto me ocurría de tocar alguna y ¡dale!, un gran golpe sobre mi propia mano, con la que debía sostenerla inmovilizada. De tal modo, le producía una magulladura, una punzada, y lograba que se estuviera quieta para seguir recibiendo el resto de los cabillazos, los cuales poco a poco la ablandaban y aflojaban. Al final de este gran trabajo y después de haber explorado exhaustivamente el aire para atraparlas a todas hasta la última, recogí del mismo modo los envoltorios vacíos. Primero quise quedarme algunas para hacerme un pellón, pero lo pensé un poco más y las eliminé de la manera habitual.

Ahora por fin estoy de nuevo solo y solo. Tengo una mano destrozada, pero no había otro medio.

22 de mayo

Ya han pasado dos meses desde que comencé a escribir estas notas. Dos meses: ¿una eternidad? Más bien un instante. O las dos cosas en una: aquí el tiempo no tiene tiempo.

Y una y otra vez esta vida sin fondo, este espacio y este tiempo sin propósito.

"Y se vivirá, ¡ay de mí! Se vivirá de todos modos...".

Sospecho, al releer las últimas páginas, que he sufrido un largo acceso de locura. "Sospecho", se entiende, es un modo de decir: ¿cómo dudarlo, sólo al hojear este material? Pero ahora, no sé si escribir por suerte o por desgracia, ha pasado. Estoy lúcido y calmado como nunca: ¡vaya cosa, Dios mío!

Mañana haré un intento más, el supremo intento de reconducir a Cancroregina a la Tierra o, en el peor de los casos, de inducirla a posarse sobre la Luna. Quiero y debo hacerlo, después de tanto tiempo de abandono a los acontecimientos, por llamarlos así.

23 de mayo

El intento falló.

Yo: ¿Te decidirás finalmente a suspender esta inútil carrera y a posarte en algún lugar?

CANCROREGINA (*desde el hígado, con voz de barro y de cuba*): No.

Yo: Pero yo te obligaré a hacerlo.

C.: Crr, frr, trr, hu, hu, muu, bof, bof, cra, trututuc, patatrac.

Yo: Bueno, bueno, era una broma. Hablemos con calma. ¿Por qué diablos te obstinas en hacer esto?

C. (*desde el bazo, azafranadamente*): Porque sí. (*Respuesta de la tía mala a todas mis preguntas*).

Yo: Pero veamos ¿no hay manera de que nos pongamos de acuerdo? ¿No tienes corazón? ¿No sientes piedad, si no de ti misma, de mí?

C. (*desde los ovarios, con voz de estramonio*): Respondo por orden a todo y a las tres preguntas: no, no y no.

Yo: ¡Maldita prostituta, puta tuerta, ya verás!

C.: Fff, sss, zzz.

Yo: ¡¿No, no, qué haces?! No, razonemos de buen modo. Mejor dicho, perdóname. Y, en nombre de Dios, ten piedad de mí.

C. (*desde las trompas de Falopio, jengibrescamente*): Dime algo, ¿con quién piensas que fornico yo, que me tratas de prostituta? Tú, por tu parte, tienes tantas amantes y ninguna amiga, o al menos mujer. Y además, no menciones el nombre de quien te es ajeno.

Yo: A nadie le es ajeno. ¡Pero qué hago discutiendo aquí contigo! Entonces, ¿no hay nada que hacer?

C. (*desde el estómago*): No.

Yo: ¿Debe continuar así eternamente?

C.: Eternamente.

Yo: ¿Incluso después de muertos?

C.: Incluso después de muertos.

Yo: Señor, ayúdame tú.

C. (*de corazón, desde todas las vísceras*): ¡Ah, ah, ah! ¿Debo acaso confesarme vencido?

24 de mayo

Versos en tiempo de insomnio

EL PORROVIO

¡El porrovio! ¿Qué bestia es el porrovio? Me duele decir que yo mismo no lo sé, y lo mismo me sucede con la simplona. Él tiene un aire entre el tapir, el puerco o el babirusa, casi no tiene cuello. Aparece cuando la noche corre como una liebre al sol, con las orejas traspasadas por la luz; y cuando desde la sombra me espía y se incuba en mí la locura, agazapada como un gato, o mejor, como un excremento de vaca, con los ojos amarillos.

Hace mucho tiempo que mi vida se obsesiona con la búsqueda o la sistematización de las palabras. El porrovio se torna gris en la penumbra, el porrovio viene y va, el porrovio es una masa que no puedo deglutir.

El porrovio no es una bestia: es una palabra.

¿Y eso a mí qué me importa? De hecho observo que mi vida no está para nada obsesionada con la búsqueda etcétera...; y además, aquí no hay noche ni penumbra; y por lo tanto Su decir es, por lo menos, inoportuno. Y bien, ¿no se habrá creído ya que me atribuye este pedo poético o que me engaña? En primer lugar, la escritura no ha sido imitada ni siquiera a

la menos peor; en segundo lugar, ¿quién reconocería mi estilo? Eh, no, aquí está la mano de malhechores o, al menos de malechados, de malhenchidos, de malhabidos, en resumen, de una impúdica estirpe; esta es la obra de un persecutor, o de una persecuvaca. ¿Y qué quieren de mí, por favor, qué esperan que haga? Inútil esperar mi apoyo, incluso inútil que intenten sofocarme con estas bromas idiotas: yo me quedo en mis trece, y en mis catorce.

Y así fue como ocurrió, de todos modos. Estaba, junto a un cristal, observando tranquilo las catelentas del cielo construidas según un sistema musical muy interesante, cuando de repente esta hoja, apoyada sobre esta especie de escritorio, se elevó por sí sola y a través del aire vino a presentarse justo ante mis ojos como para que pudiera leer con comodidad lo que estaba escrito en ella: esta cosa de aquí arriba, precisamente, escrita, como ya dije, por mano desconocida (la fecha la agregué yo). No significa que aquí dentro se haya introducido otra vez algún personaje invisible, porque no soy para nada estúpido, y en ese mismo momento me puse a agitar la hoja con las dos manos por todas partes. Esta regresó entonces, como había venido, a su lugar. Repito, ¿qué significa esto? El hecho es de veras inexplicable.

Moriré pronto, lo intuyo.

Moriré, y entonces, entre otras cosas, tiene ella ganas de decir, ya nos las veremos con Cancroregina,

Cancrorey, Cancroprincesa, Cancrofamiliareal, Cancroetceteraetcétera, Cancrocáncer. ¿Acaso se le ha metido en la cabeza, a este Cancro, dominar el universo?

30 de mayo

¿No he dicho que lo presentía? Estoy muerto hace dos días. Sin embargo, nada ha cambiado, ella tenía razón. Oh, si hubiera sabido que era así de fácil y que nada debía cambiar, me habría muerto antes. Pero ¿para hacer qué, si nada debía cambiar? Bah, no sé, pero de todas formas me parece que es mejor estar muerto que vivo.

Ahora que como sea estoy muerto, siento la necesidad de narrar esta historia, de narrarla desde el principio. Estaba solo y sin esperanzas... ¡Pero qué, al diablo la historia! ¿Por qué debería ocuparme en algo? ¿Por qué, por qué errado motivo debería contarla si estoy muerto? Mejor, con la serenidad que regresa al filósofo, mucho mejor es contemplar estas pantuflas. Que para huir de todo asedio malvado el mejor remedio es no hacer nada. Eso, aquí estoy feliz y contento, y con toda calma puedo cantar para mis adentros: ¡viva la Inglaterra y la Inglamar!

Ahora que las contemplo, siento la necesidad de narrar esta historia, de narrarla desde el principio. Estaba solo y sin esperanzas .....